AÑO XXVI — Nº 1251.

EL DIA

Montevideo, 6 de enero de 1957.

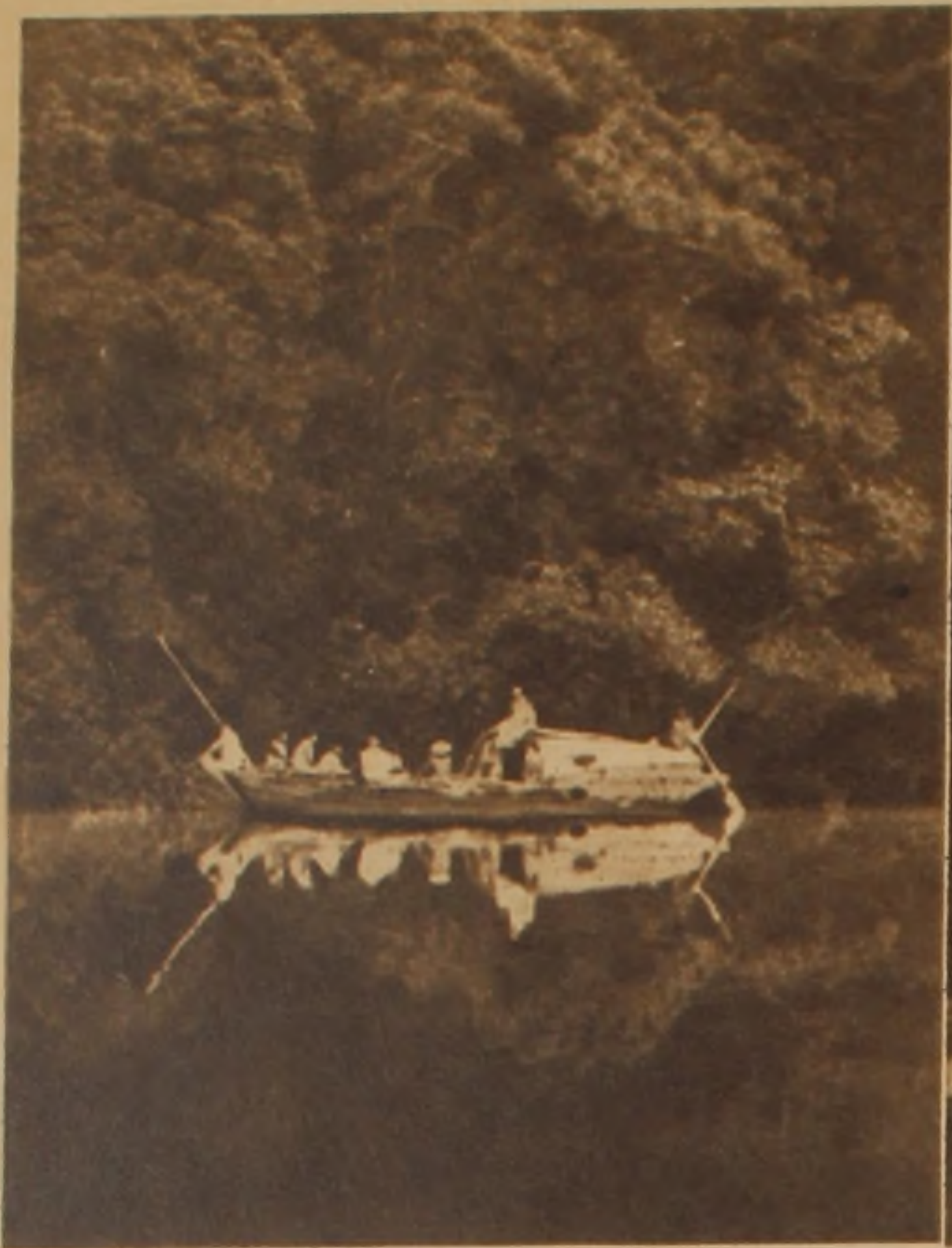
Suplemento Dominical fundado por Don Lorenzo Batlle Pacheco el 2 de octubre de 1932



POCITOS NUEVO.

(Foto Juan Caruso)

La ampliación de la ya extensa playa de Pocitos, realizada por el gobierno comunal del Ing. Fabini que retiró la zona edificada sobre la Rambla, ha adquirido su digno marco con la nueva y airosa edificación levantada, ofreciendo el conjunto este bello espectáculo de colorida animación.



Esta es la selva brasileña en el Alto Amazonas; un jubileo ecuatorial de las fuerzas primarias de la Creación.



A lo largo del río Huallaga, en el Perú, el hombre va domesticando lentamente la maraña virgen.

REFLEXIONES SOBRE LO AMERICANO

PAISES NUEVOS, CULTURAS ANTIGUAS —

CUANDO los americanos queremos justificar nuestras faltas colectivas o nuestros desajustes individuales recurrimos a una excusa cronológica.

—Somos conciencias recién amanecidas, decimos. Habitamos en países nuevos, con poca experiencia institucional. Nuestra historia es breve y de ahí que paguemos tributo a la improvisación, a la inquietud, a la vehemencia de la edad juvenil.

Pero ¿valen filosóficamente estos argumentos? ¿O constituyen erróneas y consoladoras interpretaciones de una realidad escamoteada por las apariencias?

Julio Camba, a veces más sociólogo intuitivo que humorista profesional, formuló acerca de los "países nuevos" un agudo juicio:

"¡Los países nuevos! He ahí la América española que debiera ser como una España juvenil, libre de todo prejuicio. Pues en gran parte de la América española se vive hoy como en la España del año de la Nanita. Lo que hay de nuevo allí no tiene nada de español. Lo que hay de español es viejísimo. En la América española se conservan costumbres que han sido abolidas ya de los rincones más remotos de España".

Tiene razón Julio Camba. Pero no olvidemos que América no es herencia de España solamente. América ostenta una ascendencia múltiple y su trastienda cultural es antigua, pese a que fuera habitada por el hombre no hace más de 12000 años.

Las civilizaciones andinas tienen raíces milenarias. Los indios silvanos, los menospreciados "chunchos", andan aún con la prehistoria al hombro. Y las tradiciones, las cosmogonías y los mitos aborígenes laten bajo la epidermis técnica de las ciudades como el corazón empecinado de una terrígena serpiente.

Los legados del Viejo Mundo, por su parte, no sólo nos trasmiten las supervivencias de las culturas nacionales —la española, la portuguesa, la inglesa, la italiana, la francesa— sino que también nos hacen partícipes del rumor ilustre de las civilizaciones primarias, del eco solariego de las comunidades arcaicas, de la remota cadencia de la rueca neolítica.

Y para rematar está el tercer ingrediente antropocultural. Areas extensas de nuestro continente suman al "basso continuo" del indio y a la melodía atlántico-mediterránea del europeo el tam-tam mágico del negro africano.

Esta es la realidad de la "joven" América, con sus tres raíces hundidas en el limo de las más viejas tradiciones culturales.

Pero nosotros insistimos en llamarnos nuevos y en proclamarnos bisoños porque lo valedero para el americano es lo político y no lo cultural, lo que señala el calendario con sus efemérides republicanas y no lo que afirman las canciones de cuna de la abuela europea o la leyenda de lobizones del aya mulata.

PAISES SIN PAISAJES —

El paisaje modifica a la naturaleza con los precipitados temporales de la cultura. La geografía, así fecundada por la historia, recibe el impacto del Espíritu, y registra el paso de las generaciones humanas.

No busquemos paisajes en los Andes inhospitalarios o en la selva virgen. Ni el Chaco, gran cazadero etimológico y cotidiano del indio; ni la Pampa, ilimitada yacencia de la tierra; ni la Sabana, llanura herbácea con islotes arbóreos, eran paisajes antes de la llegada del hombre blanco. Y aún hoy presentan zonas que conservan su telurismo plenario, su castidad natural.

Hay paisaje solamente — y no es la primera vez que quiebro una lanza por esta teoría — donde el hombre ha tatuado a la tierra con sus obras o con sus sueños. El paisaje escribe en el contorno la historia de las sucesivas culturas que en él se decantaron. O es el escenario prestigioso —no importa si ascético— de las culturas andariegas. Hay paisajes extrovertidos como el francés o introvertidos como el castellano. Las orillas del Sena enseñan las cristalizaciones paisajísticas, dispuestas en camadas, de la Francia paleolítica, la céltica, la romana, la gótica, la renacentista, la barroca, la romántica, la contemporánea. La severa meseta castellana, en cambio, evoca la epopeya del Cid, la trashumancia de los ganados y pastores mesteños, el heroico desvarío del Quijote, el desenfado de la picaresca, el misticismo de Teresa de Avila, la frescura carnal del Romancero. Los paisajes franceses son tangibles, son esculturas; los paisajes castellanos son poesías, viven historia adentro, resplandecen en la aventura de las humanidades que cruzaron la meseta con su alma en vilo y su pasión a cuestas.

Pero los americanos no tenemos, por lo menos con la densidad de coagulación necesaria para crear una estratigrafía histórica, una escala significativa de paisajes que nos suture a las tradiciones culturales de nuestros mayores.

En America hemos fundado paises sin antes haber construído paisajes. O hemos construído paisajes al borde del mar y hemos empujado sus fantasmas hacia un interior regido por la naturaleza absoluta. Pero esas puras abstracciones volaron menos que nuestros propósitos. Antes de tener paisanos, antes de haber efectuado la gran inferencia paisajística que supone ir de los múltiples pagos a la constitución de un país, quisimos poseer formas políticas. Es decir, nos contentamos con la cáscara institucional sin haber madurado antes el fruto cultural de los paisajes. Porque un país no se deduce sino que se induce. Va de la célula al organismo y no del decreto centralista a la vaga periferia. Es a la vez una síntesis cuantitativa y un análisis cualitativo, un equilibrio entre el caso concreto de la región y las escalas abstractas de la capital.

Los paisanos deben previamente construir los paisajes; los paisajes deben agruparse afectiva y económicamente en pagos —mezclas del *terroir* y el *pays* francés—; los pagos se deben coser con el hilo telúrico y teleológico de la voluntad nacional. Y recién después de este triple proceso surge un país.

Un brasileño que advirtió la íntima relación existente entre los paisajes y la historicidad dijo que cada cien kilómetros recorridos desde la costa hacia el interior de su patria se retrogradaban cien años. En cierto sentido este aforismo puede aplicarse a toda América, modificando naturalmente las distancias. Nuestro continente posee una sociología litoral, un *hinterland* etnológico y un meollo prehistórico. Y esta concéntrica "coetaneidad de lo no coetáneo" (el término es de Pinder), tan distinta a la supervivencia folklórica europea, provoca uno de los desajustes más graves del ser americano.

Hay además otra carencia. Y no es por cierto menos significativa aunque sea menos espectacular que la apuntada.

Nuestros escenarios naturales no han atraído con unanimidad a los escritores ni han inspirado mayormente a los artistas. Y eso les impidió que constituyeran por lo menos lo que yo denomino protopaisajes.

Un paisaje se construye o se intuye. Se objetiviza o se interioriza. En el primer caso es un paisaje pleno, un rasgo de la geografía humana. En el segundo es un protopaisaje, un producto de la geografía espiritual. Pero en ambos extremos necesita un hombre a su lado, sea aldeano, sea poeta.

Exagerando líricamente las cosas Unamuno escribió un día: "cuando haya surgido el poema de la ingeniería moderna puede muy bien hundirse ésta". Lo dicho significa que el hombre puede volatilizar y aún sustituir la técnica con el soplo ideal de la fantasía; que los ríos pueden ser tanto cruzados por puentes como por pensamientos. Pero para ello estos ríos deben estar humanizados, deben ser asientos de la civilización. En cambio los inmensos ríos de América (pensemos en el Mackenzie, en el Madeira), están rodeados de selvas heladas o ardientes que también se dilatan en el orden de lo inconmensurable. Y de este modo se hace cierta aquella sentencia de Julián Marías, quien afirmó que los ríos de América arrastran más agua que los de Europa pero menos versos. Pocos hombres civilizados habitan las márgenes de los mismos. Y ninguno de ellos, en lucha con la naturaleza, sin la placidez rousseauniana de Thoreau en Walden, tiene tiempo o gana de cantarles. Los hombres de la costa, por su parte, consideran a esos ríos como a criaturas fabulosas: gigantes cautivos en los hielos del bosque boreal o líquidas divinidades del calor. Pero en todos los casos lejos del alcance de las manos y de los corazones.

Esta carencia de paisajes provoca un fenómeno antinómico: la ahistoricidad del alma americana por un lado y la ultrahistoricidad de nuestro destino por el otro.

LO AHISTORICO Y LO ULTRAHISTORICO

Hegel, en su *Filosofía de la Historia Universal*, afirma que América es el continente



En las praderas americanas el ganado ha creado una forma especial de cultura, generadora del llanero, el gaucho, el cow-boy, el charro, el huaso y el sertanejo.

del porvenir. Y agrega — escribía alrededor de 1830 — que en tiempos futuros mostrará su importancia histórica, "acaso en la lucha entre América del Norte y América del Sur". Pero después de esta poco grata profecía nos niega el acceso al ruedo de la historia universal: "América debe apartarse del suelo en que, hasta hoy, se ha desarrollado la historia universal. Lo que hasta ahora acontece aquí no es más que el eco del Viejo Mundo y el reflejo de vida ajena".

Según Hegel, pues, somos ahistóricos y ultrahistóricos, entendiendo por ultrahistórico lo que está más allá de la historia vivida. No tenemos pretérito y nos aguarda un más o menos importante (y catastrófico) porvenir. Constituímos un mero presente, un hoy amasado "con las barreduras de Europa". Por eso "los americanos viven como niños, que se limitan a existir, lejos de todo lo que signifique pensamientos y fines elevados".

No hay duda que un orgulloso etnocentrismo europeo gobierna el pensamiento de Hegel, aunque entre sus aciertos esté el de haber advertido que las civilizaciones indígenas americanas padecían una gran desventaja frente a las del Viejo Mundo ya que no conocían el hierro ni el caballo.

La afirmación de Hegel acerca de la ahistoricidad del americano me parece correcta. Pero creo que se puede fundar con más profundidad y menos capricho, dado que no somos niños y que sabemos cultivar pensamientos y fines elevados como cualquier pueblo de la tierra. A mi entender, una de las causas por las cuales los americanos estamos al margen de la historia universal (leer europea *in petto*), es por no haber construído o destruído la suficiente cantidad de paisajes, relacionando así a la provincia con el universo. Advierto, al margen, que he hablado de destrucción de paisajes porque los llamados "pueblos sin historia", como los mogoles del Asia central, han entrado en la misma cada vez que vulneraron las áreas paisajísticas marginales a la estepa, ejemplificados por los ricos valles de China, India o Persia.

Al considerar los paisajes dejamos de lado lo telúrico y desechamos los ángulos fatalistas del determinismo geográfico. Tomamos sólo en cuenta el coeficiente humano de esa paisajística que es historia mineralizada y alusión cotidiana a un pasado significativo. Antes de pensar en Kayserling y en su tercer día de la Creación recordemos que los inmigrantes que occidentalizaron a América — nuestros antepasados — traían consigo un paisaje óptico y espiritual y que su verdadera empresa fue volverlo a instaurar, ya sobre las culturas del indio, ya sobre la soledad primicial de las costas y mesetas.

América, pese a sus declinaciones regionales, es una sola. Desde Alaska a Tierra del Fuego. En un determinado instante, meditando sobre estos temas que atenacean a todos los americanos que quieren entender su destino, hice una división tripartita y supuse que Europa era el continente del humanismo, Norteamérica el del tecnicismo y Sudamérica el del telurismo. La clasificación era seductora pero no bien comencé mi período emiliano de viajes comprendí mi error. En la Europa humanística nació la técnica y es en la Inglaterra de los Midlands, la Alemania del Ruhr y la Italia del Norte donde se exhiben las expresiones contemporáneas de la Revolución Industrial. En los Estados Unidos, junto a las más acabadas muestras de tecnicismo se hallan desiertos salinos y llanos estacados que evocan las primitivas fuerzas del mundo. Y en Sudamérica, Córdoba la docta y Volta Redonda la siderúrgica nos ilustran acerca de dos creaciones del espíritu superpuestas a la naturaleza denominadora. Y estos ejemplos no son por cierto los únicos.

Por eso, porque hay una sola América pese a la distancia geográfica y ecológica que media entre Chicago y Tupiza, leí con profundo interés unas páginas de Guido Piovene. *(Europa ante la civilización americana)* que corroboraban mis actuales ideas acerca de la ahistoricidad paisajística de nuestras culturas. Dice Piovene que en comparación con Europa, América es inmensamente joven, pero también inmensamente vieja: es contemporánea y prehistórica al mismo tiempo. El panorama de América —Piovene se refiere a los E.E.U.U. pero el ejemplo sirve para ambos hemisferios —es "un panorama en que el técnico vestido de bata blanca se mezcla con el arqueólogo que vuelve a descubrir el sentido de la inmóvil civilización pasada". Y de esto Piovene deduce dos caracteres de la civilización americana: por un lado es racionalista dado que la técnica y la arqueología "son abstractas y sólo se sirven de la inteligencia"; por el otro, la presencia constante del elemento primitivo —etnológica y geográficamente considerado— "tiene algo de cósmico y no de histórico". El racionalismo abstracto, representado por las ciudades, que constituyen las máximas expresiones del paisaje, y la presencia cósmica de la naturaleza, desvían a la civilización americana del sentimiento de la historia. Y Piovene deduce entonces que "por esto es poco histórico, poco intuitivo y aún poco artístico el modo como la civilización americana reacciona frente al resto del mundo y particularmente de Europa, porque la conciencia personal y nacional del individuo no tiene aún densidad".

La ahistoricidad de América se explica para mí, exteriormente —ya expondré en otro momento los mecanismos internos de esta tesis— por intermedio del ya citado proceso paisajístico.

El hombre es la medida de todas las cosas. La sentencia presocrática no ha perdido su oportunidad en el mundo actual: la ha acrecentado. Mediador entre las potencias de la tierra y las potencias celestes de todas las religiones, el hombre halla su centro cuando puede equilibrar las obras de la naturaleza con las obras de la cultura, cuando sobre el pedestal indiferente de la geografía física construye el monumento axiológico de la geografía humana. Pues la geografía humana es la decantación de la historia en el espacio, la presencia objetivada del pasado que inicia a las actuales generaciones en el conocimiento intuitivo de sus raíces espirituales.

Los europeos inmigrantes, que conservaban en el socavón de su nostalgia el paisaje materno, lo reconstruyeron sin poder restaurar las docentes etapas de los siglos anteriores. Por su parte los americanos, al perder el contacto con el tenue y fragmentado paisaje de los pagos, se encontraron al llegar a las ciudades con una realidad extraña a sus categorías mentales y sentimentales. El aldeano europe se cría a la vista de la torre gótica, a la vera del mercado de la ciudad provincial. Y de allí nace el campo, que sólo lo es con relación a la ciudad. Antes de la ciudad, dice Redfield *(The Primitive World and its Transformation)* no hay campesinos sino salvajes. Los campesinos son hombres del campo que residen en el área de influencia de una ciudad con la que tienen intercambios económicos y espirituales. Pro el americano mediterráneo, si bien no es un salvaje —aunque muchas veces lo sea— no tiene contacto con la pequeña ciudad reguladora. La soledad y la lucha contra los elementos lo han rebarbarizado. Y cuando el éxodo lo trae a la ciudad tentacular se halla doblemente desposeído, socialmente despistado, culturalmente marginalizado.

El concepto de la historia no le viene al pueblo por la frecuentación académica de los libros, reservados a las *élites* universitarias, sino por la pedagogía paisajística de las aldeas, de las catedrales, de los acueductos, de las viejas casas patinadas por los siglos, de las fuentes inmemoriales, de los dólmenes misteriosos. En este sentido el pueblo europeo tiene asegurada su armonía de la ciudad hongo en el claro de la selva humanizada de los paisajes.



La agricultura industrial humaniza apenas la tierra: un campo de trigo, casi oceánico por su extensión, implanta en Nebraska tenue paisaje crematístico.

Pero en América dialogan, sin la intervención de un coro de intermediarios, la civilización maquinista y la naturaleza absoluta. La superposición del rascacielos a la desnuda costra del planeta, el surgimiento de la ciudad-hongo e nel claro de la selva virgen, el establecimiento del puerto en la ribera agreste, son hechos desconcertantes que ciegan con su relámpago técnico la inocencia brutal de la tierra. Y el hombre se convierte entonces en un desheredado, en un náufrago cultural, en un paria de la historia.

No estamos al margen de la historia universal, como postula Hegel. Más bien la historia universal está al margen de nosotros. Por eso los profetas de Europa y los utopistas de América nos reservan un brillante lugar en los siglos futuros. Pero nosotros, que vivimos y sufrimos el presente, queremos interpretarlo para construir nuestro destino. Hemos usado y abusado de la política sin poseer antes la *Polis*, el término ideal entre el campo ciudadanizado accesible y la ciudad campesina atenta al contorno. El imperativo de América es construir paisajes. No alcanza sólo con poblar. Gobernar es hacer paisajes, es trascender la tierra, es buscar razones históricas a la vida de una comunidad. Y podemos hacerlo. No somos ya niños. Y si el europeo Hegel así calificó a nuestros bisabuelos, procuremos ser como aquellos motejados de niños por los egipcios, que al final resultaron ser los griegos. Los americanos, como los griegos, tenemos un Mediterráneo para colonizar. El de ellos era marítimo. El nuestro es telúrico. Pero en ambos casos se trata de una bella hazaña humana.

Daniel D. VIDART

Especial para **EL DIA**.



*Los monstruos de la civilización técnica: una estación de omnibus en **Nueva York**.*



Junto a los enormes bosques de Connecticut, se levantan las modernísimas fábricas de papel. Aquí dialogan sin intermediarios la prehistoria y la edad contemporánea.

ESPAÑA EN LA E NCRUCIJADA



José M. de Semprun Gurrea

CON el título que antecede, la editorial "Ibérica", que dirige en Nueva York la exilada española doctora Victoria Kent, ha publicado un libro del exilado español en Roma, doctor José Mª de Semprún Gurrea. Desde otro vértice de un triángulo de exilio, Montevideo, le dedicamos hoy un comentario, con el fin de recordar a los *memócratas* que el problema español continúa planteado en la geopolítica del mundo, y que no nos da la gana olvidarlo.

Vayan por delante unas palabras de presentación del autor. Madrileño, estudiante de la Facultad de Derecho de la Universidad de Madrid, escritor, conferencista, profesor, adherido a la agrupación "Al Servicio de la República", fundada por don José Ortega y Gasset y el Dr. Marañón, Gobernador de la provincia de Toledo al advenimiento de la República y luego de la de Santander, doctor en derecho con su tesis "Sentido funcional del Derecho de Propiedad", uno de los fundadores de la revista "Cruz y Raya" y colaborador de la revista parisién "Sprit". Estos dos aspectos de su actividad intelectual lo sitúan en la corriente católica. Se trata de un católico civilizado, rara avis en la fauna católica española, formada de curas, trabucaires y obispos totalitarios, enemigos de la convivencia con otros credos, encubadores de fermento cainita entre los españoles. Las honrosas excepciones confirman la regla. El doctor Semprún Gurrea se halla en la posición social cristiana, en el terreno político, y también, creemos, en el agonicismo cristiano de Papini, Emmanuel Mounier y Gabriel Marcel, en el aspecto filosófico del problema. Una posición contradictoria, pues si como neocatólicos, saliendo por los fueros de Santo Tomás, repudian todas las dictaduras, incluso la de España, guardan un silencio muy sospechoso al no dirigir ni una débil acusación al sostén fundamental de las dictaduras de derecha, Pío XII. (Pío XII hace pocas fechas bendijo al tirano de la República Dominicana, Trujillo, asesino del católico Jesús de Galíndez).

"España en la Encrucijada" es un libro escrito con fe, con pasión, con sentido de responsabilidad y amor a la causa de la democracia vinculada a la libertad. Empieza con un análisis docto y claro sobre la actitud de la iglesia católica en el problema español. Las consecuencias que saca no pueden ser más pesimistas: "Entonces, en España, quizá los templos se llenan, pero las almas se vacían (conozco cartas desgarradoras). Se ha despedazado la democracia, acaso se ha redimido el Islam; pero todo h ce temer que el cristianismo católico esté corrompiéndose, como un cadáver enmascarado de oropeles". Lo cierto es que la iglesia española ha colocado a Franco en los altares, de los que ha suprimido el espíritu cristiano. Indudablemente los rojos quemaron muchas iglesias, pero el clero ha quemado la iglesia.

El segundo capítulo lo dedica al patriotismo. ¿Cuál es la esencia de este sentimiento? Semprún lo despoja de hojarasca para situarlo en la conducta, en el bien hacer, en el "obras son amores y no buenas razones", señalando esa aberración de la España clerical, resentida, que sitúa a los españoles en dos zonas opuestas; una sometida al dogma católico hecho dogma del Estado, y la otra, la que califican de anti-España porque permanece defendiendo los derechos de su libertad. Este ensayo viene avalado de otro, el del capítulo tercero, en el que analiza a España como patria. Nación, Pueblo, Estado, que no son abstracciones, "sino personas, y relaciones entre personas, y grupos, comunidades, propósitos de personas". Y luego España como síntesis de Las Españas, entidad compleja, integrada por cuantos pueblos habitan su península, sin menoscabo de su personalidad como tales pueblos, libres, sí con toda su libertad, pero manteniendo una razón superior de ser, que Semprún, recogiendo la definición orteguiana, titula de "razón vital", necesaria para la supervivencia de Las Españas y de cada uno de los pueblos que las integran.

Un capítulo que recomendamos, especialmente a los españoles, a cuantos hombres vivan preocupados por el mantenimiento de la democracia, es el que titula "Libertad, ¿para qué?..." Sabido es que tal fue la contestación que dio Lenin al profesor español Fernando de los Ríos, cuando éste le preguntó qué se hacía de la libertad del hombre en un régimen de dictadura como el de la U.R.S.S. Semprún replantea la cuestión señalando las contradicciones, no ya de orden metafísico, sino políticas, en que caen los partidarios de los regímenes totalitarios, sino a la vez la contradicción que acompaña a los liberales que parten del simplista principio escéptico, de que nada es perdurable, que todo es reversible.

Para los primeros el autor nos recuerda aquellas palabras de un protestante que le dijo a Calvino cuando condenó a Servet a la hoguera: "Quemar a un hombre, Calvino, no es convertir a un hombre". Recordamos también aquellas palabras con las que Unamuno se enfrentó a la recua de arzobispos, obispos, generales y profesores *ratés* atraillados al nazi-fascismo: "Venceréis pero no convenceréis". En relación con este principio, recuerda la doctrina de Francisco de Vitoria: 'El temor viril disminuye mucho la voluntariedad", y como "credere est voluntatis", para que el adherirse a una doctrina "sea un acto humano, moral, auténtico, valedero, todo lo que causa miedo disminuye o mejor dicho, generalmente anula la validez del acto". Y luego, reafirmando otra tesis de Vitoria, de que con el miedo "no se obtiene la adhesión de una idea sino el fingimiento de esa adhesión", califica el contenido tiránico de la llamada cruzada de la iglesia española, patrocinada por Pío XII, con la ayuda de los hijos de Mahoma, los del pagano Mussolini y los del enemigo de la cristiandad, Hitler.

Sobre la inanidad final de los propósitos totalitarios, el autor presenta unos ejemplos. El de Carlos IX, de Francia, que autorizó la matanza de Sainte Barthelemy, pero: "Con una condición: ¡que los maten a todos!" Hoy los descendientes de aquellos hugonotes viven en Francia a la par de los descendientes de sus verdugos. Actual es también la tesis totalitaria del Kremlin, con la consigna de eliminar a todos sus contrarios, que ahora le brotan en todos los rincones de su imperio. Semprún actualiza las palabras de un eclesiástico español, que al comienzo de la guerra española decía refiriéndose a los republicanos: "¡Les mataremos a todos! ¡Les mataremos a todos!" (Por nuestra parte recordamos la conversación de un jesuíta español y un ex-oficial del ejército de falange, funcionario del cuerpo de prisiones de Alicante. Al vernos rebullir por el patio grande de la cárcel, el funcionario le decía al jesuíta: "Padre, si no los matamos a todos acabarán por matarnos a nosotros". —"No te preocupes, hijo mío —le contestó el jesuíta. —La iglesia tiene otros medios para eliminar a sus enemigos". Ignoramos cuáles serían esos medios en la intención del jesuíta, indudablemente eliminatorio. Pero muchos quedamos vivos aún).

Frente a esta posición negadora de la vida del hombre en la libertad, Semprún cita las palabras del líder social-cristiano Alcides De Gasperi, que dijo: "La libertad es hija de Dios". Y las del jesuíta francés Henri de Lubac, en sus comentarios al Gran Inquisidor, de Dostoievski, en "Los Hermanos Karamazov", diciendo: "¿qué es, en efecto, Dios más que un creador de libertad?" Pero, estas consideraciones parece que las ha olvidado el Papa Pío XII, y sería conveniente se las recordaran sus súbditos con autoridad intelectual, exigiéndole el repudio de tiranías como las de Franco, en España, en vez de considerarlo "su hijo predilecto", y de Trujillo, en la República Dominicana, a quien toda la Iglesia, Pío XII a la cabeza, acaba de ungir como salvador de su pueblo. Todos los totalitarismos son nocivos para la dignidad del hombre, y no es menor el que se practica en nombre de la Iglesia Católica.

"Libertad ¿para qué?", y contesta el doctor Semprún: "Libertad política para todo, menos para lo que signifique una injuria a ciertos derechos esenciales del hombre (o como hoy se dice de la persona humana) o represente un atentado contra la misma libertad".

En el capítulo titulado "En España, la cuestión social se llama hambre", demuestra que el pueblo español es el que emplea más tiempo de trabajo para comer menos pan que ningún otro pueblo. Ahora, en nombre de la *caridad*, algunos obispos y curas, ante el espectáculo de un pueblo que da la espalda a la iglesia, gritan contra los ricos, pero ya se conoce el juego. A la iglesia española no le importa la justicia social sino la caridad social. Los pobres han nacido para ser pobres y los ricos para ser ricos. Con limosnas de pan y unas bendiciones de los curas desde el púlpito está resuelto el problema social. Cita las palabras del Obispo de Málaga, Don Angel Herrera, germanófilo en la primera guerra europea, hitleriano en la universal, endiosador de Franco: "Nuestras clases altas parecen atravesar un período de aguda inconsciencia colectiva. No se dan cuenta del escándalo diario que ofrecen a la nación. No tienen idea, ni remota, del ambiente que su insensata conducta fomenta en las fábricas, los campos, la Universidad y los medios profesionales". Y termina diciendo en su pastoral del 12 de enero de 1956: "Gran tarea de todos los educadores es llevar a las cumbres de la sociedad española un sentido más cristiano de la vida" Tal es la teoría de estos fariseos de la religión, que se sublevaron contra la República porque ella iba creando un clima de menos riqueza odiosa y menos miseria.

En el último capítulo, titulado: "La Cuestión institucional', después de mostrar las contradicciones de un reino sin rey, que es en realidad una tiranía apoyada sobre el trípode clerical, militar y latifundista, teoriza en torno a la República como forma, sistema y medio de convivencia. Su fe republicana la confirma una vez más en estos párrafos:

"He dicho y termino repitiendo, que precisamente en esta dramática coyuntura histórica, en esta encrucijada, en esta hora de las supremas decisiones, la gran esperanza de España es una VERDADERA REPUBLICA.

...Una República como una vez fue magníficamente definida, proclamada, implantada.

UNA REPUBLICA DEMOCRATICA DE TRABAJADORES DE TODA CLASE, QUE SE ORGANIZA EN REGIMEN DE LIBERTAD Y DE JUSTICIA... (Art. 1 de la Constitución Republicana de 1931). Sobre *esa base*, pueden levantarse todas las esperanzas. Y por ese llamamiento debieran sentirse convocados los mejores esfuerzos y los más puros patriotismos..."

Porque fue una República de trabajadores de toda clase es que se sublevaron contra ella los parásitos. Viene a ratificarlo el español exilado en Roma, doctor José Mª de Semprún Gurrea, en su libro "España en la Encrucijada", testimonio de verdad, de fe y de esperanza de nuestro pueblo.

(Especial para EL DIA).

F. FERRANDIZ ALBORZ





Con asistencia del Director de Enseñanza Secundaria, Profesor Batlle Vila, se clausuraron los cursos liceales del año 1956 del Liceo de Castillos. En el grabado, el Director del Liceo, Profesor José L. Sanguinetti, dirigiendo unas palabras a los alumnos egresados y al numeroso público que presenció la ceremonia realizada.

PASEO POR MONTMARTRE

APUNTES DE VIAJE DE
PIERRE FOSSEY



EL BUEN HUMOR DE ISIDRO MAS DE AYALA

UN médico que a la vez sea escritor, no es nada nuevo. Tenemos también escritores que son médicos. Parece lo mismo, pero es distinto. La militancia parece subrayarse con el primer vocablo con que se les define. Entre nosotros, escritores médicos son Esther de Cáceres, Emilio Oribe: antes lo primero que lo segundo. Médicos escritores. Almeida Pintos, Luis Bonavita — Florencio Escardó — tan popular como "Piolín de Macramé"— que tanto es de aquí como de la vecina orilla. Más de Ayala. Hay otros, en ambos sentidos; pero el que hoy nos interesa concretamente, es el último nombrado: Isidro Más de Ayala.

Tenemos a un lado, sonrientes, *El loco que yo maté*, *El inimitable Fidel González*, *Leer es partir un poco*, *Montevideo y su Cerro*. Del otro, adusto, un doctoral opúsculo que enuncia, sin atisbo de broma, "títulos, méritos trabajos y actuaciones" en el campo de la Medicina, aunque endulzado con una sinóptica autobiografía manuscrita. Vamos al opúsculo primero, para poder dejarlo en seguida y quedarnos con los otros. Aprendemos ahí que desde 1926 es médico cirujano, y que desde entonces comenzó a especializarse en Psiquiatría, Neurología, y esas disciplinas anejas que nos hacen mirar con instintiva cautela a quienes la ejercen. Premios, viajes, congresos, distinciones, profesorado, conferencias, trabajos especializados, libros docentes. Y mucho alienado en torno, siempre. Todo ello dice con elocuencia su autoridad científica, y despierta nuestra confianza para ponernos en sus manos, llegado el caso. En verdad, ésta es una de esas amistades inconfesables, comprometedoras, que suscitan miradas de reojo, por aquello de "dime con quien andas . . ."; ya sabemos el resto. Días atrás, hablando telefónicamente con mi madre, se despidió diciéndole: "Servidor, señora"; y ésta quedó un poco pensativa. Los psiquiatras, como los adivinos, siempre nos han intranquilizado.

Quede a un lado el hombre de ciencia que nos inquieta. ¿Dónde está el otro, el colega en la aventura literaria, el travieso escritor que sonríe en serio, identificable con su ubícuo "Fidel González"? Pues, donde debe estar: en sus novelas, en sus artículos ágiles y chispeantes; y en los versos que no conocemos pero que sin duda existen, porque, ¡cuidado que le gustan los versos —síntoma sospechoso, ¿verdad?— a este médico literato que confiesa: "Estudié las asignaturas de bachillerato en el tranvía 52, donde también escribí mis primeras lucubraciones literarias". Le despuntó, pues, temprado, la "antigua enfermedad de soñador", como diagnosticó Darío a este mal crónico que se traduce en cuartillas manuscritas.

Si hemos de definir a Más de Ayala, escritor, dentro de lo antipático de las definiciones, por el género que cultiva, caeremos por fuerza en decirle "humorista". El humorista es siempre un lujo de la cultura, un alarde de jerarquía espiritual, una serpentina que cruza el aire para trazarle zigzags multicolores. No es fácil conseguir la gracia indispensable, ni es difícil transgredirla si en el filo de la caricatura que involucra, se pierde el buen talante para convertirla en acometividad o chocarrería. Más de Ayala tiene la dosis justa, la espontaneidad de un don natural, y nunca hallaremos acrimonia, ni resentimiento, ni ese remugar del despecho que busca clavar flechas con curare. Es la suya obra de buena salud —cosa lógica al fin en un médico—; humorista de buen humor, que es el mejor modo de serlo. Su "alter ego" Fidel González, nos confía, entre evocación y evocación. "Acompañado de mis amigos de la adolescencia, no necesito otra amistad, y por eso se me ve caminar en apariencia solo. Iluminado por el recuerdo, llevo siempre en los labios una sonrisa feliz, como si fuera ungido permanentemente con el milagro de la gracia".

Hay en Más de Ayala una conformidad con la vida que resulta de un equilibrio compuesto de muchos ingredientes: una pizca de esa falta de cordura en que consiste la verdadera sensatez; otra pizca de travesura pronta a saltar como esos muñecos de resortes que brincan de su caja al levantar la tapa; un adarme de seriedad legítima; otro, de irresponsabilidad; algo de jútilo, resabio de juventud; y un poco de nostalgia, anticipo de otoño; y mucha comprensión y calidez humana; y circundándolo todo, como en aquellas postales anticuadas donde una paloma llevaba en el pico un lazo y revoloteando iba a anudar las puntas alrededor de un ramillete o un corazón, un vivo sentimiento poético, el mismo que le lleva, desde la adolescencia hasta hoy, a deambular por las viejas quintas montevideanas, aquellas "iluminadas como embajadas, a las que llegaban carruajes de caballos, y de las que salía una música luminosa que se perdía entre los árboles"; árboles que reconoce, amigos añosos a los que sigue visitando, aunque las casonas "ya no están iluminadas ni tienen música". ¿No es esto, poesía en ejercicio? Todo eso, múltiple y encontradizo, estructura la armonía de la existencia; en el fiel de la balanza, saltarinea el duende que la hace oscilar lo bastante como para que la regularidad no sea rutina o monotonía. Porque "la sensatez permanente es un signo claro de desequilibrio". (Confesamos que la frase nos gusta por lo que entraña de justificativo). Y Más de Ayala da salida en sus libros a su cuota de "manías tolerables".

Aquí está el último: *Montevideo y su Cerro;* un libro cordial, que irradia simpatía contagiosa que se adueña de uno. ¿Por qué? Indudablemente, porque hay libros que encierran, como esos juguetes de Walt Disney, vivos los personajes adentro, y circula por ellos una corriente dinámica que atrapa al lector. Así es esta obra. Además, tiene algo muy nuestro. Por el temperamento, por los temas tratados y el modo de tratarlos por ese sabor característico con que nos describe y analiza, al punto de reconocernos o reconocer a un amigo, al guarda de la melena asomando bajo la gorra, al señor que se pasea por la vereda con el mate y el termo, al conocido que no cena si su cuadro favorito perdió el partido de esa tarde —tuvimos una cocinera que no nos cocinaba si le iba mal a Peñarol— a los turistas noveleros de Punta del Este; y hasta nos da escozor la mención de las conferencias invernales —en otros países hay esquí— porque nos sentimos envueltos en la alusión. En fin, ése es el secreto: todos hallaremos en sus páginas algo que nos pertenece. Nuestra sicología, nuestras modalidades, están narradas hábilmente, con un estilo liviano, cuidado, que deja adivinar una sólida cultura literaria. Una prosa suelta, limpia, galana, directa, llena de color y eficacia, apresa tipos y caracteres muy uruguayos, muy rioplatenses, con sagacidad y buen gusto, sin incurrir en pedanterías ni caer en la mordacidad. Y esto es lo que más nos atrae en hombre y obra; ese jugueteo fino de la inteligencia, que no necesita recurrir a la crueldad para poner en evidencia nuestros muchos lados vulnerables. El libro anterior, *Leer es partir un poco*, reúne crónicas de viaje, observaciones y apuntes europeos; y el volumen es, también, retozón y grato de leer. Pero insistimos en lo propio, lo muy, ay, demasiado representativo de nuestra índole, que aparece en *Montevideo y su Cerro*.



Más de Ayala

Separemos la sonrisa. Otra intención subyace en el libro. Hay una preocupación social, una crítica amable de nuestros defectos —y los suyos— aquel "castigat ridendo mores", una súbita seriedad desmentida de inmediato con una pirueta benévola, todo eso que hace tan singular estos cuadros de nuestras buenas y malas costumbres.

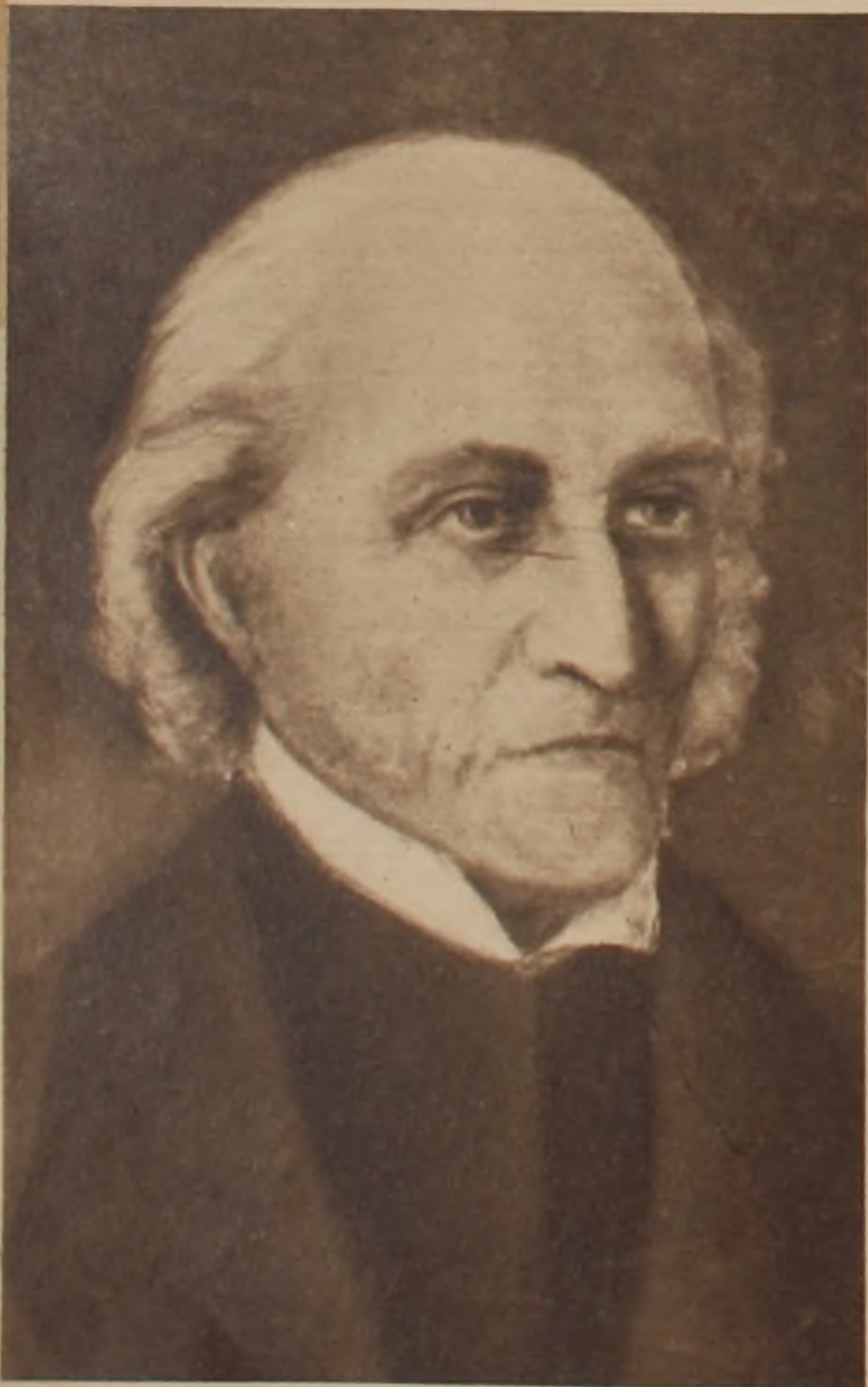
Y aquí y allá emerge, irreprimible, la pincelada lírica, la descripción conmovida, la añoranza, las nubes, la puesta de sol en el mar, el cielo que tiene "un color de santoral" Y volvemos a mirar con desconfianza al embozado poeta. Porque él, en su libro, procura decirnos "cómo somos y cómo vivimos". Y nos viene a los labios preguntarle: "Y usted, ¿cómo y quién es usted, el verdadero, éste y el otro?"

Descubrimos la respuesta cuando advertimos que lee con más deleite la "Oda a la Alegría" de Schiller, que el tratado de "La risa" de Bergson.

Dora Isella RUSSELL

(Especial para EL DIA).

EL ARTIGAS DE QUEIROLO REPETTO



Señor Luis Queirolo Repetto

Distinguido Señor, pídeme el mi parecer sobre el hermoso retrato de Artigas que usted exibe en un establecimiento de la calle 25 de Mayo.

Voy á serle franca al manifestarle, que las reminiscencias que yo guardaba de mi ilustre suegro en el fondo de mi alma de patriota, las he sentido vibrar al contemplar su bien concluido trabajo.

Después del verídico retrato del viajero Bompland que nos presenta al fundador de nuestra nacionalidad, viejo decrépito, de poncho y báculo, pisando ya los dinteles de la muerte el suyo es el verdaderamente único de los que yo he visto que se adapta á la varonil fisonomía del legendario Artigas que yo conocí en mi juventud.

Que valga esta la voz autorizada de un miembro de la familia del héroe, como estímulo para avivar vuestros sentimientos de artista.

Sin mas me es grato saludarle con toda mi estimación.

Josefa de María de Artigas

Montevideo Junio 11 de 1906

QUEIROLO REPETTO, artista nacional que culminara su obra con algunos retratos de Artigas, ha legado uno que fue reconocido en sus valores sicológicos y de parecido con el héroe, por dos familiares que documentaron dicha virtud. El retrato es propiedad de la Asociación Cristiana de Jóvenes, y fue pintado interpretando a Artigas en su ancianidad. Conserva sin embargo, la dignidad del militar, y sobre todo, del hombre de pensamiento libre, y su mirada, aunque lejana y velada, sostiene una expresión muy elocuente. Uno de los documentos que atestiguan la similitud del héroe, pertenece a su hija política, Doña Josefa De María de Artigas. Otro cuadro de Artigas, pintado por Queirolo Repetto es el titulado "Artigas en 1815", obra en que lo muestra en pleno vigor de militar, y con fondo de campo, espacio donde están las tropas en carpas. Pero este que nos ocupa, es una obra documentada por los apuntes tomados del natural atribuídos a Bompland. Es por ello que el pintor estudió sobre este dibujo del octogenario, que era entonces nuestro héroe, y creó un retrato que, dentro de aquella fisonomía, mantuviera la firme expresión, aún atemperada por los años del que fuera el abanderado de nuestras libertades.

En el Bicentenario de Maldonado

LA COMANDANCIA MILITAR

EL año de 1763, significó en el historial de Maldonado una verdadera prueba en lo que atañe a su destino de población civil. En cambio desde otros puntos de vista fue de notable trascendencia, porque la conquista del Río Grande había alterado profundamente la fisonomía para el futuro de la región.

En ella su centro de gravedad había sufrido desplazamientos y modificaciones fundamentales. De ahí que a partir de ese año el historial de la región se asiente sobre pilares total y francamente distintos. En primer término, se ha producido una considerable expansión territorial como consecuencia de los brillantes éxitos militares de don Pedro de Cevallos. El Puesto Militar de Maldonado se despoja entonces de una calidad de avanzada de Montevideo, para asumir cometidos propios e independientes.

Es consideración histórica de enormes proyecciones de futuro. Cabe preguntar si hay algún documento que legalice esta situación.

El existe, y para las precedentes afirmaciones dispongo de una valiosa prueba. Se trata de *la instrucción dada por el General Cevallos al Teniente Coronel don Lucas Infante* en el Campo de Maldonado el día 11 de octubre de 1763.

A fin de que el lector se informe por sí mismo, transcribo algunas de sus principales disposiciones.

Dice textual: "Esta Comandancia con todos sus puestos de su inmediación es independiente de la de Montevideo y por consecuencia debe estar sujeta a mis órdenes, pero sin embargo se está siempre que la Plaza de Montevideo se hallare amenazada por alguna invasión enemiga deberá enviar prontamente a ella todos los refuerzos y auxilios que pudiere del mismo modo que aquel Gobernador le deberá socorrer con las fuerzas y demás auxilios que le sean posible, o porque haya algún fundado recelo de ser atacado este Puesto de Maldonado pues tanto la conservación de aquella Plaza como la de este Puesto importan mucho al servicio de su Magestad".

Como cabe apreciar a *través de su Comandancia la región de Maldonado logra individualización y destino propio.*

En lo que respecta a la Comandancia, la Instrucción le da función específica, determinándole jurisdicción y la independiza de Montevideo.

Su importancia es enorme: esto surge del cometido general que se le asigna, defensa del punto y sostén del Río Grande, y de los especialmente atribuídos a los Oficiales que quedan a las órdenes del Teniente Coronel Lucas Infante.

*

Formulada esta aclaración, centro el interés en los cometidos concretos de la expresada Comandancia.

"Dos —dice Cevallos— son los principales objetos a que se destinan estas fuerzas, el uno la seguridad y defensa del Puerto de Maldonado como su Isla, y el otro el sostener las posesiones que tenemos hasta el Río Grande cuya frontera quedó a cargo del Teniente Coronel don José de Molina, extendiéndose su jurisdicción hasta el Fuerte de Santa Teresa".

Estos son los cometidos estrictamente militares.

Empero la tan importante como hermosa historia de esa Comandancia Militar de Maldonado, no se circunscribe al factor o cometido bélico, sino que tiene por el contrario, un *sentido orgánico y civilizador.*

Encausa y disciplina las fuerzas vivas de su región y le imprime un marcado sello de unidad.

Nacida en octubre de 1763, toma de inmediato la obra civilista de facilitar el desarrollo de los años primeros de la Villa de San Carlos. Respecto a ella, expresa la instrucción: "Procurará fomentar cuanto fuere posible el adelantamiento de la citada Villa y atenderá en todo lo que dependa de su arbitrio el alivio y buen tratamiento de los isleños moradores de ella".

Esta disposición está a tono con otras del mencionado documento, tal como por ejemplo: "Fuera de la Guarnición de la Isla quedan aquí para los fines expresados cuatro compañías de Dragones de las cuales se enviará un destacamento de 20 hombres que será relevado cada mes con otros tantos y a las órdenes del Alférez don Fernando de Cosio para atender a la quietud y buen orden de la nueva villa de San Carlos, de cuyo cuidado está encargado el expresado Alférez quien hasta nueva disposición debe permanecer en aquel destino subordinado al Comandante de este Puerto".

Se le entrega por tanto la supervisión de la Villa, tema que he tratado detenidamente en mi "Historia de la Ciudad de San Carlos"

También pone por su intermedio, a disposición de la mencionada población, los elementos materiales necesarios a su organización: "Con las carretas —dice— que tiene desocupadas el Alférez don Fernando Cosio y ocho que deben quedar aquí de las que hay en este Puesto, se compone el numero de veinte que se destinarán para todo lo que pudiese ocurrir. Estas carretas con los peones carpinteros y la boyada correspondiente se pondrán a cargo del capataz Machete y entre tanto que no se ofrezca alguna cosa más urgente se mantendrán en la misma Villa de San Carlos, doce que están allí para ayudar a hacer la iglesias y casas del Pueblo".

Empero, no se detienen acá sus facultades. La estancia del Rey de José Ignacio, de reciente creación, que está a las puertas de la también flamante Villa, ha sido objeto de la siguiente disposición:

"De la nueva estancia del Rey situada entre el arroyo de José Ignacio y el Pantano llamado de Maldonado Chico, queda por ahora hecho cargo el Teniente don Joaquín Morote quien debe estar también bajo de esa Comandancia".

Entre otras medidas de interés, cito:

"Queda encargado el Alférez de Artillería don Juan Antonio Carbajo de construir dos Baterías, una en el arroyo de la Aguada donde antes hubiere seis cañones de a 12 y otra en la Punta del este de quatro cañenes de a seis y siendo conveniente al Real servicio que en las baterías se hagan (bóvedas sic) dará para ello todos los auxilios y providencias que sean necesarias como también para su custodia colocando en cada una de ellas una guardia que cuidará de la pólvora y demás municiones y pertrechos que se pusieren en Mar, y teniendo especial cuidado de que la pólvora se ponga en pasaje seguro y libre de agua y fuego, haciendo en cada Puesto un depósito proporcionado para ellas que tenga las paredes de piedra y el techo de teja y entre tanto, se podrá hacer de cuero".

Nuevas disposiciones podría citar acerca de la organización de las comunicaciones regulares con Montevideo, la del Almacén de Víveres, la caballada, etc.

Empero, las transcriptas son harto elocuentes a los fines de comprobar el extremo que he asentado precedentemente de que la Comandancia Militar de Maldonado, a partir del 11 de octubre de 1763, tuvo en sus manos y dirección el acaecer de la región de Maldonado.

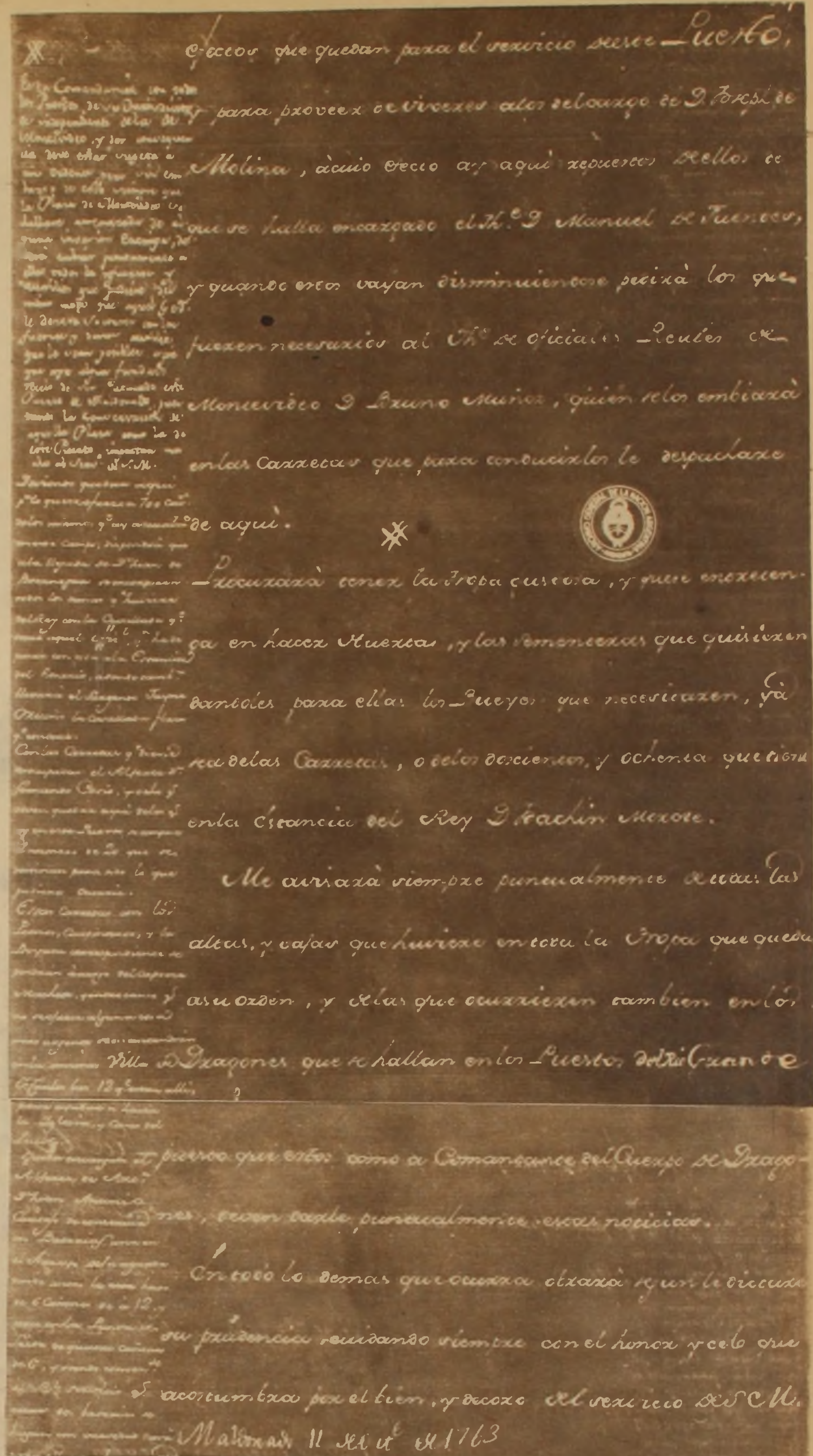
Las minas de don Cosme, San Miguel, Santa Teresa, el Río Grande, son destinos de sus carretas aprovisionadoras.

Y si bien es cierto que el elemento azoriano de la vecina Villa de San Carlos, colabora con eficacia, en hombres, vituallas e innumerables carretas, ésta por su parte, ¿habría podido (librada a sus exclusivas fuerzas) afrontar peligros como el de venir —textual— "por las sierras el capitán Pinto Banderira, hombre experimentado de campo, con doscientos hombres a incorporarse con los indios para hacer las irrupciones en todas estas inmediaciones, como lo expresa de la Riba Herrera, Comandante de Maldonado por el año de 1767?

*

Prescindiendo de todos estos importantes aspectos que acabo de destacar, basta detenerse en uno de los nuevos elementos que la obra de Cevallos aporta a la región de Maldonado, para poder expresar que se inaugura en 1763 una nueva y distinta etapa de su historial. *Me refiero al elemento humano.* Primero, el azoriano y portugués o riograndense que afluye a raíz de la conquista de Río Grande; luego el criollo peninsular que llega al paraje atraído por la importante Comandancia Militar de Maldonado. Pero esto es obra de tiempo y en su transcurso la conjunción de todos los precedentes elementos traerá para aquel modestísimo poblado que Viana iniciara, la futura posibilidad de renacer.

Basta citar los componentes de una de sus compañías de vecinos de la región para apreciar a través de ella, cómo se han diluído los primitivos pobladores de la Población del Maldonado. Es ella la Compañía de don Juan Antonio Fernández, y corresponde al año 1766. He aquí a sus integrantes: Teniente don Juan Plá, Alférez don Mateo Moleras, Sargento Isidro García, otro Benito Brioso. Cabos Nicolás Estornio y (¿Tornioli?), Ramón Moreno, Justo Pastor, Antonio del Valle. Figuran como soldados: José Vivas, Tomás Antonio, Ignacio Vieira, José de la Rosa. Jerónimo Pereyra, Blás Hurtado, José Embil, Santiago Moleras, Bernardo Pérez, Francisco Núñez, Jorge de Oliveira, Juan Pimentel, Antonio Concepción, Manuel Carancho, Juan Alvarez, Antonio Méndez, José Correa, Manuel José Gómez, Juan Gómez, José Francisco, Matías de Almada, Joaquín Meneses, Manuel Rodríguez Bacalao, Tomé de la Rosa, Pedro Techeira, Francisco Sosa, Juan Gonzálvez (francés), Martino José Felipe Techeira, Juan Rivero, Luis Alvarez, Manuel Píriz, Matías Pereira, Manuel Cabral, Jacinto Díaz, José Francisco Mora, Antonio de Acosta Suero, Manuel Laite Viera, Manuel de Sosa Rosendo, José Ferreira, Francisco Pereira.


Efectos que quedan para el servicio deste Puerto,
para proveer de viveres a los del cargo de D. ... de
Molina, à cuio efecto ay aquí repuestos dellos de
que se halla encargado el Th.e D. Manuel de Fuentes,
y quando estos vayan disminuiendose pedirà los que
fueren necesarios al Th.e de oficiales Reales de
Montevideo D. Bruno Muñoz, quien se los embiarà
en las Carretas que para conducirlos le despachare
de aquí.

Procurarà tener la Tropa contenta, y que no entre en
ga en hacer fuerzas, y las remonterías que quisieren
...les para ellas los Bueyes que necesitaren, yà
sea de las Carretas, o de los doscientos, y ochenta que tiene
en la estancia del Rey D. Joachin Morote.

Me avisarà siempre puntualmente de todas las
altas, y bajas que huviere en toda la Tropa que queda
a su orden, y de las que ocurrieren tambien en los
... Dragones que se hallan en los Puestos del Rio Grande
... puesto que estos como el Comandante del Cuerpo de Drago-
nes, deven darle puntualmente estas noticias.

En todo lo demas que ocurra obrarà segun le dictare
su prudencia cuidando siempre con el honor y celo que
acostumbra por el bien, y decoro del servicio de S.M.

Maldonado 11 de oct.e de 1763

Página de las instrucciones pasadas por el Gral. Cevallos al Tte. Cnel. Lucas Infante.

No transcribo los integrantes de la Compañía de Don Pedro José Pérez, porque en ella, de sus cincuenta componentes, sólo reconozco de Maldonado a Sebastián Rodríguez (que no es primitivo poblador) y a José Brioso. Los restantes, en su casi totalidad, son azorianos de la Villa de San Carlos.

*

Ignorada por Cevallos en su Instrucción —no le consagró ni un breve párrafo— constituía por entonces y aún (se lo prueban documentos contemporáneos) un poblado modesto de diez a doce ranchos.

Ello, en cuanto al aspecto material. Y por lo que atañe al elemento anímico y a su propia capacidad de sobrevivir y expandirse, los documentos que se conservan de esa época son bien elocuentes. Fuera de los que en crónicas precedentes utilizara, traigo a colación el hecho de que en el año 1763, los vecinos que aparecen poseyendo novillos son Mateo Moleras, José Vivas, Juan Plá y José Brioso y en ínfimas cantidades, que en total suman 200 (1). Más que las cantidades es digno destacar el pequeño número de personas que figuran poseyendo ganado (novillos).

Ahora —1763— con la fundación de la Villa quedaban algunos de sus principales vecinos del 55, desvinculados territorialmente de Maldonado.

Moleras y Francisco Moreno, por ejemplo, estaban pasando el Maldonado Chico, rumbo al Este.

No puede sorprender por tanto que un hijo del último, Bernabé Moreno, casado con María Francisca Pacheco (de origen portugués) en la visita pastoral de 1779, confirmen a su hija Gertrudis en la iglesia de la Villa de San Carlos.

Es la atracción ineludible: su absorción era inevitable. Este es el primer hecho que el investigador comprueba al penetrar en la papelería de la época.

Y al adentrarnos en el estudio del historial de la región, uno de los hechos más admirables consiste, precisamente ver a San Fernando de Maldonado "renacer" en medio de condiciones tan adversas y aún hostiles. Es común que los historiadores, razonando teóricamente, *viendo en proceso en sus resultados*, crean que la Comandancia de Maldonado entra y se adapta, en los cuadros de la Ciudad.

Históricamente, no fue así. Por el contrario, aquella pequeña órbita de la población estará dentro de la amplia y tanto más importante de la Comandancia Militar. A ella se adosa, y asegura con ello su magnífico singular destino de Población.

Pulsar éste, en todos sus altos y bajos, es

Pulsar éste, en todos sus altibajos, es cosa que atrae sobremanera a los que buscamos el proceso anímico de su vivir, su auténtica real historia remontando sus viejos caminos.

Evoco al cerrar esta crónica las palabras —que son clave— de don Cayetano Ramírez de Arellano, figura destacada del historial indiano, y su Comandante al comenzar el siglo XIX: "...siendo además éste como un Puebo de Armas y Puesto Militar, porque casi todo su vecindario está alistado en la Milicia"...

Florencia ***FAJARDO TERAN.***

(Especial para EL DIA).

(1) Yaunque pudieran no ser exactas, véase la desproporción que guarda con las del estado de 1757.

DE todas las tragedias de Schiller, ese romántico alemán anticipado, declamatorio y sistemático a la vez, idealista y metódico, es decir, alemán en el lastre y el calado y romántico después, parecía ser "Don Carlos" de todas la más romántica. "Wallenstein, "María Estuardo", "Guillermo Tell", "Los bandidos", siempre nos impresionaron como estando más cerca de lo clásico, sin duda de un clasicismo a la manera de Schiller, que pudo estarlo "Don Carlos". Y nuestra opinión cambió.

Se plantea aquí en seguida la cuestión, nunca aclarada (¿podrá aclararse jamás?) que puede exponerse así: Comedia, drama o tragedia, toda obra concebida y hecha para el teatro, verdaderamente "hecha", y teatral realmente, ¿puede darnos por entero su esencial masa de vida, y su manera de darla, nada más con la lectura? ¿Es indispensable, en cambio lo "visual" del personaje y de la acción para ir hasta la entraña de la obra "realmente teatral"? ¿Indispensables aún el actor, el artificio, la voz, el gesto, la escena? Es indispensable, en fin, que nos llegue la obra teatral... viviendo ya y desde afuera.

Y aún es necesario repetir y encerrar entre comillas, eso de "obra teatral", pues todo lo dialogado no en sí mismo teatro. Centenares de comedias y tragedias, de dramas y bufonadas, hemos podido leer sin que su esencia escapase (si tenían una esencia) a la atención del lector. Pero habíamos leído 'Coriolano" (es un modelo de ejemplo). Y este año, en el festival del palacio de los papas de Aviñón, vimos en escena, y bien plantada, esa tragedia de Shakespeare. ¿La conclusión inmediata? Después de una lectura reposada, yo no conocía aún lo hondo del drama de "Coriolano"; la esencia de humanidad que en su drama puso Shakespeare. Porque la obra de Shakespeare ha de llegar desde afuera, viviendo su propia vida. Por esta simple razón: es cosa que vive en sí y se explica con su acción; con lo "hecho", lo primero; lo hablado es su complemento. ¿No está ahí todo el teatro?

Este es el caso de Schiller, en la ocasión de "Don Carlos". Después de ciertas lecturas, más o menos reposadas (¡lo impropio de la época a cualquier reposo cierto!), lo he visto por vez primera también plantado en la escena. Y con esta conclusión: ¡No conocía el "Don Carlos"! ¿Romántico? ¿Delirante? ¿La historia desorbitada? Se fue prendiendo el lector en tales interrogantes. Y delirante, romántico. Pero ¡qué tragedia clásica a su vez y al mismo tiempo! Este "Don Carlos", de Schiller, me puso en la tragedia de Don Carlos. Por esta vez sin comillas.

Pero ¿cuál es la tragedia de Don Carlos, o de quién es la tragedia de Don Carlos? ¿De un infante jovenzuelo, tarado, insumiso, loco, de una corona heredero (éste llamado Don Carlos), o de Felipe II, padre del tarado infante, y al mismo tiempo rey de las Españas? Lo romántico y lo clásico está ahí en la dualidad del drama.

Algo flota de impreciso en ese ambiente, algo parece inestable. ¿Un poeta romántico alemán, y sin duda sistemático, cuando el siglo XVIII termina, hace versos y compone una tragedia sobre este drama español de mediados del siglo XVI? Y ¿por qué sorprenderse realmente? No es el infante Don Carlos, pero es Felipe II el polo de magnetismos que agitó cien agujas brujulecas en conciencias de poetas buscando rumbos dramáticos. Es Felipe II: una corona en cien dramas, o el drama permanente adhrido a una corona. El ilustre cervantista Agustín de Amézua escribía ya en su tiempo, y daba en el blanco pleno: 'Felipe II está aún más por estudiar que los orígenes prehistóricos de España". Y ese misterio latiente, lo íntimo y "real" del personaje, su entraña resbaladiza, los vientos de tragedia que le envuelven, de la muerte de don Carlos (el primer hijo heredero) al féretro para vivientes dispuesto en El Escorial, ¡qué cosecha, y qué cosechas, para poetas dramáticos y aún para no poetas! ¿Schiller, el romántico alemán, que hizo de ese drama obra romántica, y obra clásica también? Si estuviese sólo Schiller... Solamente ese drama de Don Carlos, en países y en épocas distintos, ¡cuántas brújulas movió! Que sacudiese en España, a un Pérez de Montalván, o a un Jiménez Enciso, estaba en línea inmediata. Pero, además, inspiró a Tomás Otway en Londres; Víctor Alfiere, en Italia; en Francia a un Andrés Chenier, a Verhaeren en Bélgica...

¡La entraña resbaladiza del rey Felipe II! ¡Cómo lo ha captado Schiller! Captar lo resbaladizo, lo inasible, lo insondable, de esa entraña incomprensible. Pero no captar la entraña. ¿Podrá aclararse una vez si de todos los retratos conocidos de ese Felipe II, el único que tiene vida entera (la del hombre; no del rey) está en un personaje anónimo del Greco, espectador melancólico del entierro del conde de Orgaz? ¿No hay un sutil parecido entre algunos de estos mismos personajes y el retrato del Tiziano, de un Felipe triste y joven? ¿Cuál si la leyenda acierta? Aunque se sabe también que no fue El Greco pintor admirado, ni estimado,

UN DRA

por el rey del Escorial. Se dice que para el rey era "bárbaro" en las artes todo aquello que, de lejos o de cerca, no tenía parentesco con el plateresco hispánico, del cual eran modelos, para él, los de "su" Valladolid, su Valladolid nativa. Y a medida que los siglos han corrido las selvas de los archivos

Valladolid plateresco, el de Felipe II.



La Puerta del Sol, en Toledo. ¿Teatro del



Espectador melancólico del entierro del conde Orgaz, según el Greco. ¿Felipe II el hombre?



Espectadores aún, en lo original del Greco. ¿No hay un sutil parecido con el joven triste y lánguido del retrato del Tiziano?

MA PARA ROMANTICOS

on mejor exploradas, el sondeo del am- te se fue haciendo más profundo... mas mprensible aún aquella entraña inasible. ue este hombre frío, metódico, intoleran- y fanático, con sentido permanente de dezas, constante fiebre de orgullo, no e en España exótico, sino el reflejo, la imagen, de la España de su tiempo, aunque le faltase algo (lo caballeresco hispánico), casi es ya lugar común. Pero el primer pisodio del reinado de este intransigente seco, del fanático católico que fue Felipe II... ¡es la guerra contra el papa! En la villa de Este, en Tívoli, de las afueras de Roma (recien construida entonces), encerró el duque de Alba las tropas de Pablo IV. Garcilaso de la Vega conoció entonces las prisiones del castillo del Santo Angel.

Este rígido orgulloso, próximo a ser rey de España, y de Milán, y de Nápoles, y rey de Jerusalén, señor de Flandes aún, en su mano las Américas, aceptó ser príncipe consorte en Inglaterra. Y con María Tudor, un modelo de algo que no era la belleza.

Al descubrirse hace aún no muchos años, en una selva de archivo, el legajo que contiene sus cartas a la infanta Clara Eugenia, otra sorpresa entre polvo: el Felipe II melancólico, no imaginativo y seco, habla de flores que adora, de paseos sin objeto en los parques de Aranjuez, y aun de ensueños; de versos alguna vez... Un Felipe II, en fin, setimental y poético. ¿El retrato, del Tiziano, de un lánguido jovenzuelo?

Pero estamos en Don Carlos. Y volvemos a Don Carlos en seguida. Aunque siguiendo los pasos del rey Felipe II, estamos siguiendo al hijo. Y todo el drama en el padre. ¿En qué consiste ese drama que sacudió la emoción de tan distintos poetas? No es fácil resumirlo y, mucho menos, no extraviarse en las encrucijadas múltiples de discrepancias históricas, de contradicción a veces.

De una unión bien prematura (a los 17 años) de aquel Felipe II con su prima, por la sangre, María de Portugal, nació el infante Don Carlos. La madre murió en seguida. El infante se transforma en hijo ausente del príncipe consorte de Inglaterra. En heredero después de la múltiple corona del rey Felipe II. Escrofuloso, primero, y semi-idiota en seguida, dicen las historias más solemnes (el caso no es de excepción), a la corte y a sus flecos inquieta este personaje. ¿Contraecho además, y monstruoso, una pierna mjs corta que la otra, un hombre sobrealzado y otro estrecho? ¿Un accidente en Toledo, en la Puerta del Sol precisamente? Unas historias lo afirman; otras por lo menos lo silencian. En todo caso no impiden las deformaciones dichas que haga el infante una vida en desorden y en tumulto permanentes. No impiden tampoco aún que, para hacer sus estudios, le envíe el rey a Alcalá.

Hasta aquí todo es tragicomedia (¿nada más farsa burlesca?): un Rigoletto en la corte, sin ser un profesional. Pero la vida en desorden, tumultuosa y disoluta, pone su prólogo al drama. En nocturna e ilegítima visita (¿a dama de la corte, a cortesana, a simple doméstica, no más?: todas las hipótesis subsisten) cayó el infante en escalera pina (¿cayó sólo, o con ayuda ajena?: subsisten también todas las hipótesis), tundió el cráneo la piedra. ¿Se sitúa en este caso el accidente en Toledo? Desde ese día la corte, y con ella el rey, sin duda, le tuvieron por loco incurable. Y el personaje lo estaba, aunque no hubiese en tal época definiciones sutiles sobre diferenciaciones en los casos distintos de locura, la esquizofrenia un misterio: hacía una vida excéntrica, se paseaba desnudo por las salas del palacio, o dormía en pleno parque poniendo nieve en el lecho... Inofensiva locura. Cuenta Cabrera de Córdoba, historiador titular del rey Felipe II, que a un zapatero de Alcalá, por haberle hecho un calzado muy estrecho, le obligó a comer el cuero en su presencia. A esto le llamaba el rey Felipe, "falta de discernimiento". En estado de embriaguez frecuente, y en galantes aventuras, más frecuentes todavía, ocupado y desenvuelto (en todo esto y aquello la contradicción se mezcla), el rey se decidió a encerrarlo. Seis meses después estaba muerto.

Aquí empieza el otro drama, el que sedujo a Chenier, a Schiller, a Montalván, a Alfieri, a Otway, a Enciso... Aunque todos no lo fueran, ¡qué drama para románticos! El rey trágico Felipe, el nacimiento dramático, las orgías, ese cráneo que en la noche va tundiendo una escalera, Rigoberto heredero de un imperio ...Y el misterio de esa muerte ¡Y su por qué! Sin que hubiesen de inventarlo los poetas. Pues ya andaba araña do la historia. O gritando a la puerta de la historia. También de la tradición. El secretario del rey, fugitivo, Antonio Pérez, asegura que el rey hizo morir a Don Carlos lentamente envenenado. Mas ¿por qué esa muerte lenta, procedimiento o sistema para un Borgia refinado? Se dijo en la corte entonces, y a las historias pasó, que el rey Felipe II temía que el príncipe se uniese a los llamados "facciosos" del interior o de afuera. ¿Problema de protestantes en gue ra no interrumpida con el rey del Escorial, perseguidos a exterminio por el rey? Dice Cabrera de Córdoba que el rey tuvo una especie de consejo en el cual, y en acta extensa, explicó y justificó todo lo íntimo del drama. A pesar del cuidado de archivista, y de "oficinista" aún, pausado y meticuloso del rey Felipe II, no ha sido encontrada nunca. Pero no termina ahí la aventura de don Carlos: un clérigo, San Real, dejó más carne a las fieras. Según ese San Real, seguido por Alfieri en su tragedia, el drama de Don Carlos está movido en el fondo por rivalidad galante del rey Felipe y su hijo. ¡Qué drama para románticos! Y el gran drama no es Don Carlos. Es el drama permanente del rey Felipe II.

J. B. TOLEDO

Marsella, 1956.



...de don Carlos?



El Felipe II, joven del retrato del Tiziano. ¿Flores, ensueños... y versos?

La realidad del idioma y el diccionario de la ACADEMIA ESPAÑOLA



Miguel De Cervantes Saavedra

El lenguaje puro, el propio, el elegante y claro, está siempre en los discretos cortesanos, aunque hayan nacido en Majahonda.

"El Quijote".

CUANTO se ha escrito con carácter negativo acerca de la labor diccionarista de la Academia de la Lengua, alcanza para nutrir un amplia biblioteca. Se ha censurado siempre a la corporación madrileña por lo que ha realizado y por lo que ha dejado de hacer. Esta circunstancia se repite con motivo de la reciente aparición de la edición décimoctava del Diccionario.

La Academia declara haber tenido largueza en lo que respecta a la admisión de tecnicismos, y bastante liberalidad en lo que se refiere a vulgarismos. Pero en este sentido, no satisface aspiraciones generales.

Hagamos un breve comentario de lo relativo a vocablos técnicos. En el prólogo del lexicón se jactan los académicos de haber incorporado la palabra *penicilina;* pero no se atrevieron a incluir el nombre de otros antibióticos de uso frecuente, como la *terramicina,* la *aureomicina* y la *cloromicetina.* Se precian de haber admitido a *cromosoma,* pero no insertan a *gene,* término muy empleado en biología, y que origina una larga familia de palabras como *genealogía, generación, genearca, generador,* etc. Alardean de haber dado pase a *hipnotismo,* pero no han hecho lo mismo con *hipnología.* Se satisfacen con haber registrado el tecnicismo médico *cibernética,* que no ha salido de los cerrados recintos de neurología, pero no a otros de uso relativamente popular como *biotipología, toxemia, leucocitosis, hemolisis, gerontología, autoplastia, psicogénesis* y algunos más. En este rubro, no figuran *mastitis* ni *mamitis,* enfermedades muy comunes en el período de lactancia; así como *citoscopia* y *broncoscopia,* exploraciones cotidianas en cualquier clínica.

Se argüirá, y con razón, que un diccionario no es un catálogo de términos técnicos. De acuerdo. Pero a partir del criterio que inserta en él los vocablos científicos que pasan al pueblo, es menester incorporar todos aquellos que han ganado extensión. Nos parece muy bien que en Diccionario no figure la voz *paraciesis* (embarazo extrauterino); pero nos parece que no debiera estar ausente el término *ectópico,* que significa lo mismo, y que usa mucha gente indocta y aun docta con el sustitutivo *utópico,* que configura un dislate.

Con respecto a barbarismos, la Academia se ha mostrado timorata, especialmente con aquellos de la órbita rioplatense. En virtud de que en la edición penúltima incluyó, con evidente desacierto a *macanudo, ahijuna, atorrante* y algún otro vulgarismo chocarrero, en esta última edición, temerosa de huéspedes inoportunos, no ha registrado por lo menos a un centenar de palabras nuestras, de empleo en todas las clases sociales, que no deben estar ausentes de un vocabulario que inscribe muchos regionalismos españoles de empleo restringido, como el argonismo *lurte,* pongamos por caso, que sólo emplean unos centenares de individuos.

Urge agregar al Diccionario oficial muchas voces del tipo de *alumnado, becado, bolilla y bolillero, congresal, mocionar, educacional, ofertar, partidismo, serruchar, sesionar, sueltista, suplente, tironear,* etc., que son del repertorio común de los veinte millones de rioplatenses y aun del resto de América.

En lo tocante a galicismos el Diccionario sigue levantando barreras, muchas veces absurdas, porque no corresponden a la realidad del habla viva. Acertada ha estado la Academia al registrar galicismos consagrados como *menaje, canapé, bidé, mercería, tatuaje, chofer, chassis, porcentaje, bisutería* y otros más que nos hacían falta para los menesteres de la diaria convivencia social. Asimismo es plausible que no haya dado pasaporte a términos inútiles en lengua española, como *ataché, feérico, canard, amateur, bibelot, desabillé, trousseau* y otros tantos elementos inútiles, porque tenemos acuñados los sinónimos correspondientes. Pero nada justifica la admisión de otros, totalmente superfluos, porque para la aceptación de extranjerismos, adoptamos cabalmente los conceptos de Hartzenbusch: "La condena o aprobación de palabras extranjeras deben ajustarse a las siguientes circunstancias: si la voz o locución es necesaria, si es fácilmente comprensible, si es lógicamente justiwicada, si a lo menos es bella". En consecuencia, rechazamos los siguientes galicismos, que no reúnen las antedichas condiciones. En efecto, ¿para qué necesitamos *charnelas* si el idioma posee bisagras, *encastrar* si tenemos empotrar, *hesitación* si tenemos duda o titubeo? No necesitamos tampoco a *estilete, filetes, pompón, placa, jarretera, odorante, marquetería, chapeo, defender, manivela pistón, batir* etc., puesto que tenemos a los muy expresivos puñal, roscas, borla, chapa, liga, oloroso, taracea, sombrero, prohibir, manubrio, émbolo, derrotar, genuinos equivalentes de aquéllos.

Alguien podrá argüir que una vez de registrados esos galicismos podemos usarlos sin desmedro de nuestra cultura lingüística. Impugnamos que así como en jurisprudencia no siempre lo legal es bueno en el idioma, no todo lo académico es conveniente o recomendable.

Don Julio Casares, Secretario perpetuo de la Academia, ha declarado que la Institución no es un hermético laboratorio de alquimistas, puesto que sus puertas están abiertas para todos los que tienen el derecho de pedir cuentas de cómo se administra y defiende el patrimonio de la lengua común. Pues bien, desde distintos sectores del mundo de lengua hispánica se ha aconsejado desde hace mucho tiempo a la Academia acerca de conceptos fundamentales de lexicografía y gramática en general. Nosotros, por ejemplo, hemos enviado a la docta corporación enmiendas a las definiciones de *poncho, mazamorra, mate, yerbera, chalán* la octava acepción de *cancha* y otros vocablos muy nuestros que se encuentran mal definidos en el Diccionario, y la Academia, claro está, se complace en mantener al respecto sus opiniones equivocadas.

No obstante, con todos sus defectos, el Diccionario de la Española es el mejor instrumento de guía y consulta para el trabajo intelectual. Esta afirmación no significa que debemos aceptar dogmáticamente cuanto en él se consigna.

La Academia debe mirar más hacia tierras de América, por la sencilla razón de que frente a veintiocho millones de peninsulares, existen en este Continente ochenta y cuatro millones de hombres que hablan con bastante propiedad la lengua española.

Cervantes fue muy hábil para acompasarse con criterio realista a los caracteres del idioma de su tiempo. Su efigie, que preside la sala de sesiones de la Academia, debiera servir de numen para quienes aspiran a limpiar, fijar y dar esplendor a la lengua que hablan en el mundo ciento treinta millones de individuos.

Alberto RUSCONI

(Especial para EL DIA).

Guía de ofertas

DEL TEATRO BRASILEÑO:

ARTHUR ACEVEDO

NO es tarde para recordar que a lo largo de 1955 gobierno y pueblo brasileños celebraron dignamente el centenario del natalicio de Arthur Azevedo, una de las figuras más interesantes en la historia de las letras del país hermano. Difícil resulta, en una nota periodística, abarcar todos los aspectos de la personalidad de este escritor que cultivó con ejemplar fecundidad y maestría todos los géneros literarios: fue periodista, poeta, novelista y hombre de teatro. Había nacido en San Luis, capital del Estado de Marañón, y ya a los 17 años escribió un juguete cómico titulado "Amor en refranes" que, estrenado en la misma ciudad, constituyó un anticipo de la gloriosa carrera del joven autor. En esa obrita primigenia se revelaban, en asomo augural, las envidiables cualidades que habían de dar fama y popularidad a Arthur Azevedo como comediógrafo: elección de un asunto simple, pero atrayente, tratado con un lenguaje sencillo y expresivo, fuera en verso o en prosa, pues manejaba ambos instrumentos idiomáticos con igual habilidad y fluidez. Teatro humano y cordial el suyo, en el que mediante un insuperable don de observación se recogía los rasgos característicos de un pueblo y se reflejaba, como en un espejo, la vida de una sociedad, cuyas debilidades señalaba con un humorismo amable, exento de toda acritud. Recogía así, para darle más lustre y definitiva afirmación, la escuela de Martins Pena, padre del teatro brasileño moderno, abriendo entre ambos una ancha trocha por la que siguió una ilustre pléyade de autores que, en más de un caso, han alcanzado renombre universal.

La falta de énfasis en el teatro de Arthur Azevedo fue asimismo sello invariable de su propia vida. Como no podía ocurrir de otra manera, muy joven se trasladó a Río de Janeiro, y allí se convirtió en amo y señor de las carteleras teatrales durante décadas, pero jamás se envaneció ni adoptó aires de rector. Fue, por el contrario, un frecuentador impenitente de peñas literarias, reunidas en viejos cafés alumbrados a gas, en los que los sombreros de anchas alas y las corbatas de flotantes lazos constituían los atributos de una bohemia cuyo recuerdo hoy nos hace sonreír. Con tales emblemas de indumentaria se ha perennizado la estampa de Arthur Azevedo, quien bajo esas apariencias un tanto banales oculta a un formidable trabajador de la pluma, a un cíclope del sueño y de la acción para el cual ninguna empresa era imposible, sin que para realizarlas se creyera obligado a abandonar su buen humor. Trabajó para el teatro como crítico, como autor y patrocinando iniciativas tendientes a darle estabilidad y grandeza, pues a su obstinada y pujante lucha se debió la construcción del Teatro Municipal, orgullo artístico y edilicio de Río de Janeiro, que él concibió para que el actor brasileño tuviera el gran templo de sus sueños, ideal este último que se vio defraudado, pues se dio otro destino al hermoso coliseo. Fue también miembro insigne de la "Sociedade Brasileira de Autores Teatrais" y de la Academia Brasileira de Letras, en la que ocupó —herencia por demás legítima— el sillón de Martins Pena.

Gordo, bonachón y profundamente bueno, tímido, alegre, optimista y tierno, Arthur Azevedo vivió rodeado del cariño y la admiración de su pueblo, privilegio del que muy pocos hombres de teatro pueden enorgullecerse. Esto no significa que su obra fuera unánimemente reconocida por la crítica, o más bien explica la razón de que no lo fuera. Nada menos que Joracy Camargo, recordando al "saudoso" escritor en su centenario, dice: "Lo que sobre todo revela el extraordinario talento, la privilegiada vocación dramática de Arthur Azevedo, es el hecho de haber desagradado a los críticos que exigían un teatro nacional, de costumbres nacionales, presentando la realidad brasileña, que esta vez era la verdadera, pero que no era la que ellos tenían en sus espíritus..." No desdeñó con altivez esa hostilidad, pero tampoco se detuvo a considerarla. Tal vez en el fondo fuera un escéptico y acogía la



Arthur Azevedo, a los 20 años de edad. Dibujo hecho por su hermano Aluísio, quien a su vez fue celebrado novelista y poeta.



El glorioso autor, cuando contaba 49 años, en la plenitud de su carrera y de su popularidad. Caricatura de Augusto Rocha.

envidia con humana comprensión. Contando con una tribuna a su disposición, el diario "Gazzeta", donde escribía una sesión permanente, evitó suscitar polémicas alrededor de su propio nombre, prefiriendo dedicar su "Palestra" (charla) a temas en los que su chispeante ingenio y su encantador humorismo encontraban nuevo vehículo fuera del escenario. Desbordaba gracia y la provocaba. Refiriéndose a esa sesión diaria que él firmaba con sus iniciales: A. A., su amigo Fontoura Xavier, poeta y diplomático, le envió una vez desde Londres esta cuarteta:

"A "Palestra" é tao salgada,
A. A.,
que melhor fica assinada,
assim, com uma risada:
Ah! Ah!..."

Siendo un triunfador sin restricciones, criticaba las obras de sus colegas con la mejor disposición de ánimo, aunque sus reticencias solían ser demoledoras. Raúl Pederneiras en aparcería con Vicente Reis estrenaron en cierta ocasión una revista titulada "O Esfolado". Arthur, que tenía íntima amistad con el primero y sentía inocultable antipatía por el segundo, glosó el estreno con estos cuatro versos:

"Esta revista, certamente,
triunfará de Norte a Sul.
Tem quase nada de Vicente,
tem quase tudo de Raúl..."

No era menos burlón, cuando quería serlo, para sus propias produccciones literarias. Modesto de Abreu recuerda que en un soneto, después de describir en endecasílabos sonoros una terrible tragedia, el humorista marañense le agregó este colofón:

"...E cai o pano,
antes que outra catástrofe aconteça."

Arthur Azevedo, fallecido en 1917, llenó un ciclo del teatro brasileño, le puso un sello de identificación, le trazó un camino por el que sus sucesores han continuado en orientación segura, sin salir de las pautas fijadas por el maestro, enriqueciendo constantemente un acervo espléndido en realidades y lleno de perspectivas promisorias. Los más prestigiosos autores del presente rindieron homenaje a aquel precursor cuyo genio sin ínfulas se nutrió del genio de su pueblo para dibujar su carácter con verismo insuperable, en todos los géneros escénicos, desde la tragedia hasta la revista, legando a su patria un monumento literario que el tiempo no ha logrado envejecer, como lo demostró la reposición de algunas de sus más celebradas piezas al exaltarse su memoria en el centenario de su nacimiento. Títulos como "Capital Federal", "Fonte Castalia", "O retrato a óleo", "Uma noite em claro", "A pele do lobo" y tantos otros, han quedado para la antología de la literatura dramática en lengua portuguesa.

Escritor que estrenó más de doscientas piezas a teatro lleno, saboreando invariablemente el elixir maravilloso del aplauso de las multitudes, Arthur Azevedo era, sin embargo, auténticamente modesto, como se desprende, sin buscar otros ejemplos, de aquellos versos que en su álbum personal dedicó a sus hijos en conmovedora confidencia, y que terminan:

"Que si talento próprio o pai nao tinha,
prezava, ao menos, o talento alheio"...

Pensamiento que contiene también, dirigido a sus herederos, una admonición de orden moral.

Ramón I. ALVAREZ.

(Especial para EL DIA).

de interés para la mujer y el hogar

LA "MITA" EN EL PERIODO COLONIAL

DESDE la conquista del Perú, los peninsulares se dedicaron con todo ahinco a extraer las riquezas minerales existentes en tan vasto territorio. La explotación un tanto rudimentaria de las minas de plata, hizo que se descuidara el cultivo de las tierras y el incremento de la pecuaria, no obstante de contarse para ello con elementos de primer orden. Despertó sumo interés y tomó bastante cuerpo el laboreo de minas en el Alto y Bajo Perú, a extremo de que con el correr de los años, los colonizadores comprobaron que el material humano, esto es, el indio, que fuera destinado a las pesadas faenas de la minería, disminuía visiblemente, no siendo raro que con su desaparición parcial o total pudiera acabarse la extracción de metales. Fue entonces, que para armonizar el principio jurídico de la libertad de los indios, con las exigencias apremiantes que imponía la falta de brazos para las distintas clases de labores, se adoptó dentro del sistema de repartimientos la institución llamada "mita", en virtud de la que los indios de las distintas comarcas del Perú, que vivían libremente, sometidos a un régimen de tutela y sin más obligación pecuniaria que el pago del tributo, estaban obligados además a trabajar un número de días al año, quince en la mita de servicios domésticos, tres o cuatro meses en la mita pastoril y ocho o nueve meses en la mita minera, al servicio de los españoles que los ocupaban, percibiendo por ello el salario correspondiente.

Según afirma el historiador José María Ots, el sorteo para entrar al servicio de la mita se hacía con la intervención de los caciques, castigándose a éstos si no cumplían fielmente y con justicia su cometido. El número de indios que debía prestar el servicio de la mita, en el Perú, no excedía del siete por ciento y en Nueva España (México) del cuatro solamente. Ningún indio podía ser obligado a una segunda mita sin haberse concluído antes el turno de la primera.

Si se hace un examen ligero de las Leyes de Indias, se ve que muchas de sus disposiciones son avanzadas para la época en la que fueron dictadas. En ellas estaba fijada la jornada de ocho horas, el feriado de los domingos y fiestas religiosas y la atención médica. Mas, esas leyes tan humanitarias y tan justas jamás se pusieron en vigencia, ni en México ni en el Perú.

Sin embargo de que la Corona de España reiteraba a los virreyes y a las audiencias a que dieran fiel cumplimiento a sus disposiciones protectoras, los patronos, caciques y encomenderos, cuya obsesión fincaba en un rápido enriquecimiento, burlaban siempre en cualquier forma su observancia. Los indios ingresaban a las minas como rebaños y, tras un trabajo inhumano, tan sólo salían uno o dos terceras partes del total. El hambre y los castigos, unidos a la falta de aire y de luz daban fin con centenares de vidas... La explotación de sulfuros de plata aumentaba en forma estupenda, pero el factor hombre mermaba. ¿Qué hacer? Sustituir a los indios con negros traídos de Africa. Felizmente, en las minas del Alto y Bajo Perú, ubicadas en su mayor parte en cumbres elevadas e inaccesibles, el negro no pudo aclimatarse.

El año 1549 el emperador Carlos V. mediante cédula prohibió el trabajo de los indios en las minas de Nueva España, Perú y Nueva Galicia. En 1573 el virrey Francisco de Toledo dio una ordenanza en la que se disponía que los repartimientos de indios para trabajar en las minas, se hagan siempre teniendo en cuenta que no se lleven a los indios de unos lugares a otros de clima distinto que puedan perjudicar su salud; que se les paguen buenos jornales y que el trabajo no sea excesivo; que el propietario de las minas sostenga a sus expensas en beneficio de los indios, justicia y doctrina para su instrucción y amparo y hospitales donde sean curados y asistidos; que las minas no se labren en sitios peligrosos y que en su desagüe no se utilicen indios aun cuando se alegue que se hace contando con su libre consentimiento; que en las comarcas mineras importantes se funden pueblos de indios mitayos al servicio de las minas, dándoles a estos indios lotes de tierras para que cultiven en beneficio propio y debiendo preocuparse los patronos mineros, de que estos pueblos estuvieran bien abastecidos, vendiéndose a los indios las cosas necesarias para su sustento a precios moderados; un funcionario especial, llamado veedor, debía cuidar del cumplimiento de estos preceptos, que quedaron solamente en los libros.



El mitayo del periodo de la Colonia

En 1670 —tal cual dice Zapater— el virrey del Perú, Conde de Lemos y altos funcionarios eclesiásticos solicitaron al Consejo de Indias la supresión del régimen de la mita, fundándose en las extorsiones y agravios que los corregidores y mineros cometían con los trabajadores indios, hasta el punto de no darles tiempo para instruirse en la religión católica. El Consejo de Indias se pronunció desfavorablemente, alegando que "no adelantan nada a las demás razones y fundamentos que en tiempos pasados se han discurrido y que tampoco propone ningún medio que pueda suplir la falta de estos repartimientos que son tan precisos y necesarios". Empero, donde la mita alcanzó caracteres monstruosos, por maldad de las autoridades y patronos y también por el clima extremadamente frígido, fue en el Cerro de Potosí, montaña de plata de tradiciones funambulescas, uno de cuyos socavones tiene por nombre "forzados" cuyas oscuras galerías sirvieron de tumba a miles y miles de indios mitayos...

Larga y sombría fue la noche colonial y, en esa noche, el mitayo sostuvo la economía peninsular, siendo la mita el servicio personal más agotador y peligroso, pero que amasó la fortuna de centenares de malandrines y follones que venían de Europa y Asia en busca de El Dorado. La exacción inmisericorde del indio, el martirologio de la mita, la intensa lucha entre criollos y españoles, la minifiesta desigualdad entre nativos y extranjeros, la absoluta falta de libertades y la miseria moral y material en la que se ahogaban los altoperuanos, encendieron en sus mentes el fuego inextinguible de la rebelión. La idea libertaria se propagó por todos los ámbitos de América. Causas económicas, políticas, sociales y hasta religiosas apuran la revolución emancipadora y son los pueblos de Chuquisaca, de La Paz, de Potosí, de Cochabamba y de Oruro los que pelean a brazo partido por la libertad del Alto Perú, libertad que se consolidó en 1825 por la voluntad de Bolívar y de Sucre.

La Paz, Bolivia.

Luis TERAN GOMEZ
(Especial para EL DIA)



Srta. Sonia Raquel de Moraes Barreiro que fue festejada con motivo de haber cumplido 15 años.





Teatro Serafín y Joaquín Alvarez Quintero. Acto académico de la terminación de fin de curso. Conferencia del Sr. Oneto Jaume sobre Tamayo y Baus, con ilustraciones dramáticas.

INFORMACION GRAFICA



Acto de fin de curso escolar en la Escuela de Sayago Nº 52.



El Ministro de Relaciones Exteriores del Brasil, Dr. José Carlos de Macedo Soares, entrando a la Casa de Gobierno en el acto protocolar ante la Presidencia del Consejo Nacional, a su llegada al Uruguay, del que ha sido grato huésped oficial el canciller brasileño.



Con motivo de celebrarse en la provincia de Buenos Aires el Día de la Tradición, recientemente visitó las ciudades de La Plata y Tandil una delegación de la sociedad criolla uruguaya "El Pericón", presidida por el Dr. Elías Regules. La foto recoge una de las escenas de la visita de la delegación oriental a Tandil. El jinete que aparece en primer término a la izquierda es el señor Leonel Acevedo Díaz, compatriota residente en esta última ciudad, e integrante de la sociedad tradicionalista local, quien agasajó gentilmente a los delegados de "El Pericón". El señor Acevedo Díaz es hijo del gran escritor Eduardo Acevedo Díaz. Lo acompañan en la foto el Dr. Elías Regules y el señor Doroteo T. Quintela.



Examen audición de piano realizado en el Ateneo de Montevideo. Grupo de los ejecutantes, a dos pianos y 8 manos: discípulos de la profesora Sra. Mercedes M. de Brandino.

LOS PRIMEROS POLIFONISTAS

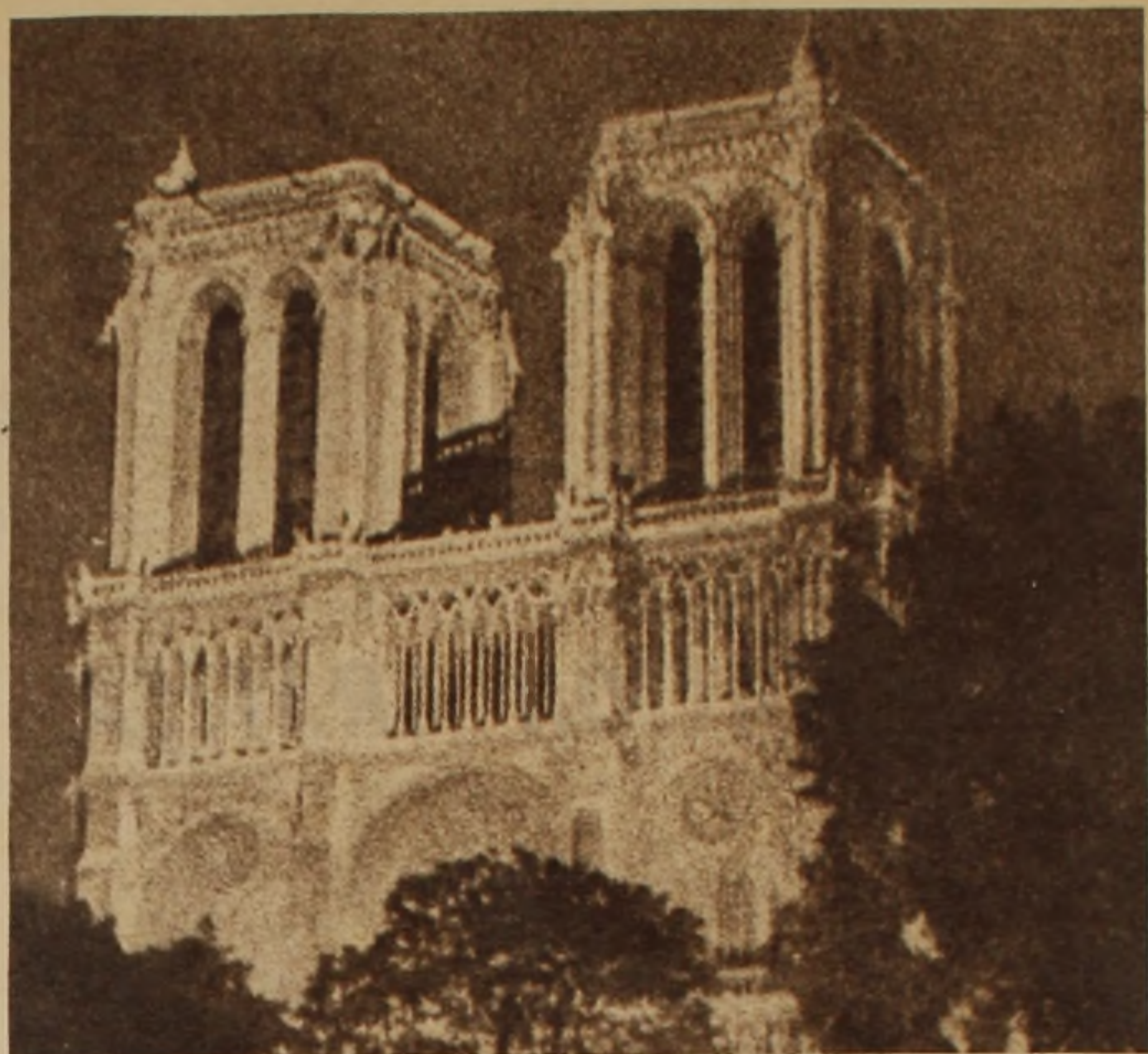
LAS manifestaciones musicales de los siglos XI y XII, al hacer eclosión en el siglo XIII, adquirieron su mayor importancia. Es pues, toda esta producción del doscientos la que se conoce históricamente por "Ars Antiqua", nombre con que fue designada en oposición con el "Ars Nova" que supone la enorme reforma renacentista llamada a cambiar la faz musical del mundo para culminar brillantemente en las grandes figuras del siglo XV: Palestrina y Orlando Di Lasso.

Estas dos figuras cumbres serían a la vez el camino directo hacia el nacimiento de las dos grandes conquistas que abrirían el nuevo horizonte en el futuro mundo musical; el nacimiento de la ópera y el de la sinfonía, con el consiguiente desarrollo del arte instrumental.

Volvamos al "Ars Antiqua" para conocer los compositores a quienes debemos las primeras manifestaciones en el terreno polifónico.

En el Paris medioeval a donde debemos remontarnos y será la iglesia de la Beata María Vergine (luego Notre-Dame) el centro de casi todo el movimiento de la época. De este modo los más grandes compositores desenvolvieron sus actividades en esta iglesia y en la Escuela de Música anexada a ella.

Sin embargo, la más antigua escuela de que se tiene conocimiento fue en la Abadía de Fécamp e instituída por Guillermo de Dijon en el siglo XII. Y antes de ésta aún, dos centros musicales franceses tuvieron marcada notoriedad: la Abadía de San Marcial en Limoges y la Escuela de Chartres. También la Escuela de música de Santiago de Compostela practicaba las mismas formas que las anteriores.



"Notre Dame" de Paris la hermosa catedral gótica, símbolo de la música polifonista

Los ingleses aparecen como primitivos polifonistas en el antiquísimo "Organa" a dos voces (en notación neumática aun) y que estaba contenido en el Tropario de Winchester.

Pero es a Francia a quien corresponde el mérito de haber aportado un gran adelanto al nuevo concepto de "contrapunto". En las Escuelas Musicales de las Abadías y Catedrales durante la cuaresma en que se prohibía cantar públicamente, junto al gregoriano se estudiaban las reglas de composición y de entonces datan las "Confréries de Jongleurs" en las cuales se tocaban los instrumentos y unían a ellos el canto de la liturgia sinfonizando, luego se diría contrapunteando, dicha voz instrumental a la voz superior.

Paris se pone en el siglo XII a la cabeza de todas las escuelas existentes y oscurece la fama de Limoges.

La aparición de Leoninos en el año 1160 como Maestro de Capilla y organista de Notre-Dame, que contrapuntea los temas de las graduales y del antifonario en el órgano, marca el comienzo de la gran época de los primeros compositores polifónicos. Fue un gran innovador de las prácticas existentes. Leoninos escribió el primer libro de órgano que se conoce: "Magnus liber organi" donde se encontraban las obras para todo el año litúrgico. Su fama se difundió tanto por compositor como por organista. A ello se debe el título de "Optimus Organista" dado casi cien años después por un teórico inglés. Debe aclararse que acá la acepción "Organista" es tomada como "compositor" de obras derivadas de la primitiva forma Organum.

Leoninos permaneció en Notre Dame por largo tiempo y allí purificó y perfeccionó el arte contrapuntístico en su creación y ejecución, siendo sustituído en el año 1183 por su gran sucesor Perotinos que fue un gran renovador, lo que le valió la designación de "Magnus" y "Melior quam Leoninus".

Crea Perotinos en Santa María de París una verdadera revolución artística y puede considerarse el fundador de la auténtica música polifónica de importancia. Amplió en mucho la obra de Leoninos escribiendo ahora para cuatro voces, estableciendo la marcha y el ritmo de ellas. Le dio una gran propulsión al Motete creando más voces y las voces instrumentales de donde surgió el doble Motete. Introdujo el uso del compás ternario y de la Cláusula que es una breve composición para dos o tres voces; con un tenor gregoriano dejando las otras polifonías a elección libre de los ejecutantes.

En Notre Dame se conservan en la actualidad más de quinientas de estas obras suyas, además de sus libros y los de Leoninos que permanecieron en el Coro hasta la época de Roberto de Sabillon. Con el "Repertorium" pro servitio divino" de Leoninos y Perotinos aplicado a dicha iglesia, la música asume en Francia el camino directivo que se une a las otras disciplinas culturales de la Europa de entonces, para formar aquella reseña que señalaban los escritores del siglo XIII y que era así: dividian a Europa en tres regiones. Francia, el campo cultural era el *Stadium;* Germania, el político, el *Imperium* y por último Italia, el religioso, el *Sacerdotium.*

El sucesor directo de Perotinos fue Roberto de Sabillon, de origen inglés, y de éste su discípulo el compositor Pierre de la Croix. Fue de la Croix un innovador de la notación, dando valores mas reducidos que permitian una articulación más grande a las voces.

Luego encontramos a los dos Francos que dan título a la escuela del Mensuralismo; mientras el conocido por "el de Colonia" fue un notable compositor y teórico siendo muy nombrado su "Tratado sobre la teoria proporcional".

En la época media entre el "Ars Nova" y el "Ars Antiqua" aparece en Francia la importante renovación en el arte musical. Se trata de una sátira político-social llamada "Roman de Faubel". Hecha en un estilo alegórico servía para hacer resaltar los vicios de la época, moralizando al pueblo. El texto literario e histórico de las mismas iba acompañado por otro litúrgico tomado generalmente de Rondellus y Motetes y tuvieron tal difusión que suman centenares las obras musicales pertenecientes a estos actos.

En esta misma época de Ars antiqua surge otro hombre que con una visión privilegiada iba a fundar uno de los pedestales básicos para la cultura universal hasta nuestros días. Fue el canónigo Robert de Sorbon, que vivió entre los años 1202 a 1274 y fuera Capellán en la corte del rey de Francia Luis IX, aquel hijo de Blanca de Castilla que luego conoció la historia por San Luis, quien fundó el Colegio Universitario Parisino y que incluyó entre las materias la enseñanza de la música. Tal colegio es el que pasó la posteridad y que hoy conocemos con la derivación del nombre de su fundador como la Sorbona.

Debido a esto comienza en este período a verse el matiz puramente estético de la música, la que tanto tiempo se habia visto sólo bajo el punto de vista religioso.

Como ya se ha dicho al final del siglo XIII todo el occidente olvida el pasado entusiasmo caballeresco por una nueva burguesía positiva y firme aplicada a los grupos corporativos y a las nuevas colectividades ciudadanas.

Así es como la tímida polifonía paralela a la primera literatura, aun muy ingenua y limitada, avanza rápidamente. Es la enseñanza obligada de la música de escuela y de cantoría la que propicia este movimiento que nace y se desarolla allí mismo donde el sencillo arco ojival adquiere toda la maravillosa grandeza gótica de calados y agujas, en el corazón de París, en la aun joven isla de la Cité. Es por eso mismo que la eterna Notre Dame en su constante lección de belleza representa ante el mundo el símbolo viviente de una cultura y de un estilo común a todas las artes existentes en la plenitud del Medio Evo hasta los comienzos del Renacimiento. De esta misma cuna surge la palabra Contrapunto (de nota contra nota. punctus contra puntum) para designar a las composiciones polifónicas sujetas ya a unas severas reglas de intervalos y movimientos y aparece en los tratados de los principios del nuevo siglo XIV.

Es así como, paulatinamente, teóricos y músicos, comienzan la elaboración de las ideas renovadoras que iban a traer como consecuencia, el advenimiento del Ars Nova. Y es así que este lema, que estas dos palabras, tan sencillas y que tanto dicen sin embargo, salidas del pensamiento de Philippe de Vitry (gran teórico y compositor del siglo XIV) son la puerta abierta hacia el anchuroso mundo musical del futuro.

Susana SALGADO GOMEZ.

(Especial para EL DIA).


EDGAR RICE BURROUGHS
Tarzan
TARZÁN, SEÑOR DE LA SELVA, ANDUVO ERRANTE POR SUS AMADOS LARES, PESCANDO Y CAZANDO A SU HOLGANZA.


EL ALIMENTO ERA ABUNDANTE Y MUCHAS VECES COMIÓ LA CARNE DULCE DE BARA, EL CIERVO.


DURANTE SU VIAJE, TARZÁN CONSTANTEMENTE SE MEZCLABA CON LOS HABITANTES DE LA SELVA, HASTA QUE UN DIA, COSA EXTRAÑA, LE SORPRENDIÓ LA AUSENCIA DE VIDA ANIMAL.


MAS TARDE, SIN EMBARGO, AL OSCURECER, PERCIBIÓ EL DEBIL OLOR HUMÁNO DE UNA GRAN VILLA NATIVA.


EL SILENCIO SALUDO AL HOMBRE-MONO SOLO UN GUERRERO CRUZÓ FURTIVAMENTE PERO PRONTO DESAPARECIÓ DE LA VISTA.
DICK VAN BUREN JOHN CELARDO
1308


QUE TEMOR MANTENÍA A TODOS ESCONDIDOS? CON CURIOSIDAD, TARZÁN SE APROXIMÓ A UNA CHOZA SEMI ILUMINADA.


TARZÁN ENTRÓ A UNA HENDIONDA PIEZA LLENA DE HUMO. UN ARRUGADO VIEJO BRUJO LO MIRÓ CON OJOS INCREDULOS. "QUE ESTAS HACIENDO AQUÍ, HOMBRE BLANCO, EN LA TIERRA DE LOS MUERTOS VIVOS?"

Casa Soler
SOLER HNOS. S.A.

PRESENTANDO SIEMPRE
LA MAS **ALTA** SELECCION DE
TELAS POR METRO ahora a
PRECIOS POPULARES

GRAN VENTA DE VERANO



PANAMA liso en todos los colores. Ancho 0.85, el metro	$ 1.00
ALGODON ESTAMPADO diseños exclusivos garantidos al lavado. Ancho 0.90, el metro	$ 1.50
TELA TIPO LINO lisa, inarrugable en todos los colores. Ancho 1.00, el metro	$ 1.80
PIQUE "WAFLE" liso, tejido práctico al lavado. Ancho 0.90, el metro	$ 1.80
GRAN SALDO: Tusores, Popelinas, y Shantungs de seda lisos. Ancho 0.90, el metro	$ 1.90
CHINTZ ESTAMPADO, originales diseños. Ancho 0.90, el metro	$ 2.50
ZEPHIR a cuadros y rayas, tintas "INDANTHREN", el tejido del momento. Ancho 0.80, el metro	$ 2.50
POPELINA ESTAMPADA, una tela impuesta por la moda. Ancho 0.90, el metro	$ 2.80
CLOQUE ESTAMPADO "EVERGLAZE". Ancho 0.90, el metro al extraordinario precio de	$ 3.20
RASO DE ALGODON estampado, una creación francesa. Ancho 0.90, el metro	$ 3.80
POPELINA SATINADA de regia calidad, vistosos coloridos. Ancho 0.90, el metro	$ 4.20
SATIN DE ALGODON estampado, en calidad muy suave. Ancho 0.90 el metro	$ 4.80
ORGANZA de seda estampada, delicados dibujos para jovencitas. Ancho 0.90, el metro	$ 5.50
SURAH de seda a lunares, la moda actual. Ancho 0.90, el metro	$ 5.80
SATIN Y POPELINA estampada suiza, recien recibida. Ancho 0.80, el metro	$ 6.50